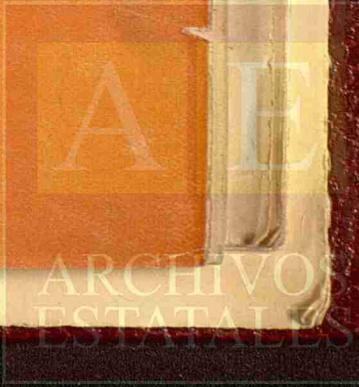




Q/bilbao

A. H. N.
S. GUERRA CIVIL

Noticia Gentes



trabajador:

pronto conocerás

el fascismo internacional y la
guerra antifascista española

garcía oliver

lo que pudo hacer españa
en marruecos

gonzalo de reparaz

aspectos económicos
de nuestra revolución

mariano cardona



REDACCION Y ADMINISTRACION
GRAN VIA, 8, 3.º — TELEFONO 15.100

SUMARIO

Actualidad.— *Nuestro Cinema*, por Eduardo de Madrid.— *Cardenal de Toledo*, por L. Arbizu.— *Galería de nuestros hombres*, Isaac Puente.— *Reportaje industrial.* — *Explicación histórica de nuestra Revolución*, por Gonzalo de Repáraz.— *Cataluña, baluarte de España*, por Carlos Roselli.— *Primero de Mayo 1886-937. La Escuela Popular otomana*, por Domenech.— *Estructura orgánica de cuestiones del campo*, por José Viadiu.— *Una capital de España.* — *La Federación.* — *Los recuerdos del abuelo*, por Amador.—
¿ *Por qué impedir la libertad sexual?* por Julio R. Barcos.

Bilbao, 25 de abril de 1937

actualidad

*A*yer fué Madrid: hoy Euzkadi la que se ha visto fieramente atacada por las hordas reaccionarias. Ayer fracasaron ruidosamente en Madrid y hubieron de retroceder haciendo una vergonzosa competencia a las liebres. Mañana será Euzkadi la que les haga encerrarse para siempre en su madriguera. Pero del fiero ataque efectuado en nuestro suelo, hemos sacado dos grandes y provechosas enseñanzas. Se ha puesto de manifiesto la inferioridad combativa de nuestros enemigos, ya que con los elementos aéreos empleados, con el lujo de fuerzas desplegados, no han podido conseguir ninguno de sus objetivos. Nos han mostrado la carencia de moral que impera en sus filas, y de que sus ataques son presagio de una agonía inmediata y de una descomposición interna que se ven imposibilitados de cercenar. Por parte de nuestros milicianos hemos observado, una vez más, el alto espíritu de lucha que les informa. La alta moral de que se hallan poseídos y la fe en un triunfo cercano, de que son portadores. Los lazos de solidaridad son más estrechos cada día en las filas de los heraldos de la libertad: como nos lo demuestra la presencia en Euzkadi de los bravos luchadores Astures, que se han apresurado para compartir con nosotros, y en nuestro propio suelo, las horas amargas que hubiéramos podido sufrir. La actualidad más saliente, pues, se halla condensada en el triunfo obtenido en nuestros frentes por los hijos de Euzkadi y de Asturias unificados bajo un solo anhelo: ¡Triunfar! Si después de esta franca derrota en nuestras montañas, los directores del ejército enemigo si no se hallasen carentes de los honrosos atributos, que en buena lógica debieran de ser la razón de existencia de todo hombre, vergüenza y dignidad profesional se hubiesen suicidado ante el irreparable fracaso sufrido frente a los batallones vascos. ¿Seguirán, en sus radios y prensa, anunciando su próxima e inevitable entrada en esta invicta Villa? ¿Dirán, siquiera por una vez la verdad de lo que les ha costado esta ofensiva, los hombres que han perdido y el material que han empleado? ¡No, no dirán la verdad! Nunca la dijeron; son incapaces de decirla. En la mentira nacieron, en ella se sustentan y de ella viven. Son creadores de la mentira, y ella, a su vez, los ha convertido en esclavos suyos. Hoy puede afirmarse que España marcha ya cuesta abajo en pos del triunfo definitivo. Por lo cual es necesario que nuestra unificación sea más sólida que nunca. Que nadie con miras partidistas pueda crear el más leve obstáculo a la marcha ascendente de la revolución española. Los intereses generales han de sobreponerse a los intereses de partido o individuales. Las palabras han de estar respaldadas por los hechos o nuestros labios han de ser sellados por el más absoluto silencio. Pero hoy más que nunca, también, hemos de confiar en nuestros propios medios y no esperar nada de nadie. No pretendamos que nos hagan lo que nosotros podamos realizar. Más satisfacción hallaremos al saborear al triunfo si todo nos lo debemos a nosotros mismos. No confiemos en la ayuda que prestarnos pueden otras naciones. Estas se hallan sometidas a la Internacional Sangrienta de los Armamentos, ya que es esta macabra sociedad la que finanza los estados del mundo entero, y estos no son más que un simple mandatario de estos fabricantes de la muerte. En nuestro suelo tenemos lo que necesitamos. Si en las trincheras se vence al enemigo, en las fábricas se construye el material que se precisa en los frentes. Tenemos grandes industrias y minerales: pues a crear lo necesario para vencer rápidamente, y una vez poseedores absolutos del triunfo, tendremos tiempo de dialogar con las de más potencias, y de decirles algo que hoy no podemos hacerles saber, porque el tiempo lo precisamos para labor más útil.



nuestro cinema

eduardo de madrid

Es preciso que demos al Cinema, todo el valor que para nosotros tiene.

No solamente como vehículo de propaganda, sino —y éste es su valor más positivo— como elemento *educador de multitudes*.

Porque, —y ésto es innegable— las multitudes necesitan, desean educarse. Los pueblos, jamás tuvieron ocasión de encontrar ésta educación espiritual en el Cinema, porque éste, en manos del capitalismo, bajo el dominio absoluto de los grandes financieros, contribuyó de manera poderosa, a embrutecer a las gentes, marcándoles un camino falso, lleno de irrealidades, en el que sólo se aprendía la vida corrompida por todas las aberraciones humanas, que poco a poco, iban prendiendo en los cerebros ingenuos de la juventud, hasta apoderarse completamente de ellos.

Pero también, hemos visto, cómo al encontrarse el pueblo, ante producciones que llevaban un contenido social y humano —siquiera en grado mínimo— ha vibrado la sensibilidad, y se ha operado el encontronazo brusco del hombre del pueblo, forjado en todos los sufrimientos, y éstos mismos sufrimientos reflejados ante su vista de una forma cruda, desnuda, magnífica.

Y así hemos visto como films del carácter sencillo, cruelmente sencillo de *sin novedad en el frente*, por ejemplo, han pasado a la inmortalidad, porque cuantas veces se han exhibido, han encontrado —en la mayoría de los casos— al mismo público, que ha acudido ansioso de alimentar su cerebro, con la visión de la realidad de vida.

Y esto nos marcó un camino. Nos descubrió una gran verdad. La gran verdad de que el pueblo necesitaba un Cinema altamente social y humano.

Y es por ésto, que la Revolución nuestra, ha de hacer del Cinema, algo suyo, tan suyo, que no pueda prescindir de él, para *educar a las multitudes*, que tienen sed de conocimientos.

Rusia, ha hecho del Cinema, un buen sostén de su Estado. Rusia ha sabido ver la grandeza del Cinema, y se sirve de él magníficamente para lanzar al mundo sus teorías. Rusia, ha conseguido buenos films, y hasta «grandes films», ¡Lástima que en algunos de ellos, haya cuidado más la propaganda política que la educación de las masas!

Pero no obstante, hay que reconocerle a sus maravillosos técnicos, ya que constituye hoy, uno de los países que producen films, haciendo gala de una técnica muy superior a la de la mayoría de los países productores de Cinematografía.

Por esto, hemos de comenzar nosotros, a ocuparnos del Cinema, de una manera decidida, ya que tenemos elementos técnicos de un valor positivo. Ya que en Madrid y Barcelona, nuestros estudios Cinematográficos, han comenzado ha producir films de carácter revolucionario. Y así, las nuevas producciones, vendrán a sustituir en nuestras Salas de Cinematógrafo, a todo el material importado de las fuentes burguesas, y que sólo sirven para atrofiar las mentalidades de los trabajadores, porque son cintas hechas para burgueses, para seres débiles de espíritu, que encuentran en ellos la «belleza» de una prostitución dorada, de un mundo de alcohólicos y fracasados, que «les va muy bien» a sus psicologías enfermizas, como al toxicómano le agrada la morfina. Y nosotros, si aspiramos a crear una sociedad limpia de todas estas lacras, sana de cuerpo y espíritu, de mentalidad fuerte y cultivada, hemos de barrer inmediatamente de nuestros locales de cinematógrafo todos aquellos films que puedan influir en las voluntades aun no formadas revolucionariamente y hacerlas sufrir un retraso en su educación social y en su cultura individual, y hemos de sustituirlos con un stock de producciones que lleven al ánimo de las gentes, el gusto por las realidades de la vida, y el conocimiento de las injusticias humanas, fielmente reflejadas en la pantalla.

Y más adelante, cuando la tranquilidad y la época de reconstrucción de nuestro país, nos permitan comenzar a reconstruir asimismo nuestra averiada educación social, INTENSIFICAREMOS LA PRODUCCION CINEMATOGRAFICA, llevando al celuloide la Música, la Pintura, la Medicina, la Mecánica, la Agricultura, y todas aquellas actividades humanas en donde la capacidad creadora del hombre tenga una amplia manifestación, lo más exacta posible.

Y entonces constataremos como cambia totalmente la psicología de los trabajadores, que iremos forjando a través de los meses y los años, nuestra cultura revolucionaria, que nos hará potentes para mantener ante el Mundo decrepito y envenenado, nuestra Revolución.

señor gommá, cardenal de toledo

L. arbizu

Usted, señor Gommá, es un fariseo. Usted, señor Gommá, como tal señor puede ser fariseo, y ello nos hubiera importado bien poco; como cardenal no lo puede usted ser. Ya se que no es usted el único, que hay otros, y muchos curas, ¡desgraciados!, pero ninguno más responsable que usted, porque usted es el menos discreto de todos. Pecar, ya es mucho; hacer ostentación del propio pecado, es lo más. Lo imperdonable, más siendo el pecador todo un señor cardenal.

¡Un cardenal fariseo! Inconcebible, señor Gommá. Tanto, tanto, que en buena doctrina no puede ser, y usted lo sabe, que es lo peor. Si yo no supiera lo que usted, como pastor, no se ha cuidado de enseñarme, ante su actitud y ejemplo de hoy, qué habría de pensar, no de usted, sino de su jerarquía que es lo que importa. No ha meditado, no el señor Gommá, que ya hemos dicho que no nos importa, sino el señor cardenal, sobre este caso? No olvide el señor cardenal, que en esta España hasta ayer tan de ustedes, que era como decir tan católica, — ¡oh paradoja, que es como una acusación! —, y tan desprovista de toda emoción o sentimiento religioso, y no digamos de conocimientos de los que estaba en ayunas; en esa España, ustedes, los representantes, (malos representantes, por lo general) de Cristo en la Tierra lo eran todo, y por serlo, se daba el caso, muy frecuente por cierto, de que en unos pueblos se creía en Dios porque el cura, humilde ejecutor, era bueno, mientras en otros se dejaba de creer porque, según voz popular, el cura no era agua limpia. — Estos casos «pintorescos», como tantos otros, en la España de usted eran en verdad profundamente tristes y acusatorios, señor cardenal. ¿Esta, señor cardenal, es la España creyente que nos quiere imponer con las armas? Una España de fanáticos y de indiferentes distinguidos en materias de religión. La de «por la Gracia de Dios», la de arriba Tal y abajo Cual, santo o persona que era igual, ya que para creer tienen ustedes que odiar primero; la del caso de Ezquioga, también producto del odio y de la negación; la de la inquisición para el mejor provecho y «gracia» de ustedes. ¿Y ésta, señor cardenal, es la España de la fe? Pero, ¿en qué creía? Sáquenlos de ésta que siempre fué interrogación nuestra. «Creo, ayuda a mi incredulidad», pero creía, o pretendía creer por lo menos, para lo que pedía ayuda. ¿Puede decirse otro tanto de la España de usted? ¿En qué creía, en que tenía fe? Porque importa mucho saber, a usted le consta, lo que el individuo o la sociedad entienda por fe y por creer. Importa mucho, es lo primordial. «Es el corazón quien siente a Dios, no la razón, y esto es la fe: Dios sensible al corazón, no a la razón». Sensible al sentimiento, sensible al perdón, sensible a amar por encima de todo.

Amor, y siempre amor, y perdón, porque somos a su semejanza, y por lo mismo, sabe y quiere perdonar nuestras propias pasiones, las que nos enfrentan y pierden cuando no acertamos a rectificarnos.

¿Dónde pues, está el sentimiento, la emoción de esa España con fe que nos ha envuelto a todos en esta guerra criminal, donde el sentimiento, la emoción su voz de usted para lamentar tamaña tragedia? ¿Dónde señor cardenal? ¡Cuánto dolor, cuánta decepción, créame! Pasarse al rebelde, al impostor, al que ha faltado a toda promesa hecha bajo palabra de honor, con el que ha faltado al orden, a la legalidad establecida, a todo principio de respecto y moral; pasarse a los enemigos del pueblo, a los que no le han comprendido jamás a los que no lo han querido como no fuese para explotarlos, para vivir de su sudor, pasarse a este conglomerado condenado y condenable siempre. ¿Y quién? ¡Todo un señor cardenal! Recordemos, señor cardenal, a San Pablo, para ver si a su través nos llega alguna luz. «¡Oh gálatas insensatos!» «¿Cómo podéis volver al yugo que os oprimía? Ya no hay judíos, ni griegos, ni esclavos; no cumpláis con las ceremonias mandadas por vuestras leyes: Os declaro que nada de eso tiene valor, Amaos. Se trata de que el hombre sea nueva criatura. Estáis llamados a la libertad».

Esta libertad que proclama San Pablo es la que usted ansía para su rebaño, señor cardenal? No y no. Nuevo dolor, y nueva decepción. No salimos de las tinieblas, señor cardenal. Adentremos de nuevo en San Pablo. Este santo de la inquietud prefería a la ley escrita, la gracia, y usted, señor cardenal, sabe lo que es la gracia; la inspiración que viene de lo alto, el sople, la libertad. ¡Santa Libertad! En tu holocausto, la humanidad no acaba de sacrificarse, de morir, formando pirámides con sus muertos.

«El que no medita no tiene horror de sí mismo, porque no se conoce». ¿No se encontrará usted en este caso, señor cardenal? ¿Meditando se puede ser la encarnación contraria de lo que usted representa sobre la Tierra? ¿Coincide usted, acaso, con aquel escritor católico francés, Louis Veuillot, si mal no recordamos, que una tras otra escribió estas blasfemias? «Creemos que las ruinas de la guerra se reparan menos difícilmente que las ruinas de la paz. Antes se restablece un puente, se vuelve a levantar una casa, se replanta una huerta, que se derriba un lupanar. En cuanto a los hombres, esto rebrota eilo solo y la guerra mata menos almas que la paz. Es la paz, sobre todo, la que hace la guerra a Dios».

En fin; ¿qué le ha impulsado a usted, señor cardenal, a partir en dos a su rebaño, a clasificarlo en buenos y malos, a olvidar aquellas palabras, «Amaos los unos a los otros»? ¿Qué, señor cardenal? Díganoslo de una vez; no nos tenga por más tiempo en esta incertidumbre que nos consume.

—La defensa de la religión. ¡Cómo! No es posible. ¿De qué religión, señor cardenal? De la de Cristo, no; usted lo sabe, si la pasión no se lo ha hecho olvidar. De una religión que es ética insuperable, divina, que es ejemplo, que es caridad, que es sufrimiento, que es todo templanza, todo renunciación. En defensa de esta religión que dice «no matarás», y los suyos, levantados en armas, no sólo matan en los frentes, sino que hacen algo peor, algo que enciende y sonroja, asesinan sin causa ni razón. ¿En bien y provecho de Cristo? No nos haga usted desbarrar, señor cardenal.

«Mi reino no es de este mundo» —dijo Él— y dijo también: «Dar al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios». A quien así se expreso, ¿quien, sobre la Tierra, por alta que sea su jerarquía, lo podrá coartar en beligerante? Jesús no es la guerra, ni acaso sea la paz. Si quieres la paz, prepara la guerra. Pero estas son cosas de aquí abajo. Jesús es el amor, es la fe, es la esperanza que hace sonreír. No glorifiquemos el mal que nos hacemos los hombres, cuando el propio mal, por destino sin duda, a quien lo provoca, con daños y fuera de justicia, lo lanza a la sombra de los abismos.

Su actitud guerrera de usted, señor cardenal, como la silenciosa de tantas otras jerarquías de la Iglesia — hemos topado con la política, que es otra religión, toda cálculo, toda previsión —, es en acuerdo y defensa de la fe implícita, de la sumisión pasiva, pero esta fe no es, aunque lo aparente, la cristiana, que es anterior. El Cristianismo, ante una tragedia como la que estamos padeciendo, se siente dolorido en todos sus sentimientos y nos habla al corazón, y nos recuerda la hermandad, la obligación en que estamos de comprendernos y querernos, mientras que la fe implícita recuerda a San Pedro en aquello del dormir, queriendo o sin querer. Pero en cuanto apunte la luz y cante el gallo, se despertará también, como si no hubiera pasado nada. ¡Qué felicidad!

* * *

«Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad». «En paz» éstábamos nosotros, y nos trajeron la guerra, pero la paz volverá a ser con nosotros muy pronto; la paz y la libertad, que nos las hemos ganado, en derecho y con ríos de sangre.

galería de nuestros hombres

isaac puente



Se halla tan reciente el asesinato que las huestes fascistas cometieron con este joven maestro, que se hace punto menos que imposible trazar una silueta de este gran hombre e incansable luchador.

No obstante trazaremos unas líneas que sirvan, en estos momentos de lucha álgida, de conocimiento general de los rasgos característicos de esta lumbrera del pensamiento y valor positivo del anarquismo militante, en sus aspectos como anarquistas, como médico y como hombre.

Isaac Puente era el hombre que para ser anarquista no precisó conocer ni estudiar las producciones inefectivas de los grandes teóricos y filósofos de esta gran teoría humana, científica y social, que se conoce bajo el denominativo de anarquía.

La bondad, la inquietud espiritual y la irreverencia a todos los mitos rutinarios que en su psiquis se producían por generación espontánea le hacían ser anarquista por temperamento.

No era el anarquista que se hace; era el anarquista que nace. Su abrazo a las ideas no fué obligado por su cerebro; el vínculo que le acercó al bello jardín de Acracia fué el depurado sentimiento de que era poseedor. Desde este momento trabajó en conjunto su cerebro y su corazón; y ambas cosas las puso incondicionalmente al servicio del pueblo que trabaja y estudia.

Puente conoció nuestras ideas en el año 1919, en ocasión de construirse el ferrocarril de Estella a Vitoria. Ingresó en el Sindicato de Oficios Varios que se constituyó en Maestu, y desde este momento comienza su vida de actividad en pro de los explotados.

Su extensa labor ideológica es de todos bien conocida. Sus teorías se afirman en la más completa y absoluta libertad individual; y poseía plena confianza en las iniciativas personales, y aportaciones individuales, como firme basamento de la sociedad del porvenir. Sus folletos sobre Comunismo Libertario, escrito para ser comprendido por la inteligencia más rudimentaria, ponen de manifiesto de forma eneívoca éstas, sus teorías.

Puente no era solo el maestro, era a la par, el obrero. Decía y hacía. Se unía en él el cerebro y el brazo; la cultura y la acción. Durante su corta vida sufrió persecuciones y encarcelamientos que colocaron en duro trance económico a su familia, que él idolatraba: sin que esto hiciera modificar su entusiasmo y su fé en lo más mínimo. Los que con él sufrieron los rigores del encierro no carecieron de nada mientras él poseyera algo.

Nada ni nadie consiguió doblegar su espíritu de rebeldía y de justicia.

Expondremos un caso que retrata la entereza de éste. El comandante del puesto de la guardia civil de Maestu (pueblo de Alava en que practicaba su apostolado científico) tenía sobre él el odio más feroz que imaginarse puede, pretendiendo hallar causas por insignificantes que fuesen, o inventarlas, para perjudicarle o eliminarle de la vida.

En este pueblo declaráronse en huelga los obreros de las minas de asfalto. La patronal y la guardia civil pretendían, cometiendo cuantos atropellos e injusticias les era dable, vencer la resistencia de estos hombres.

Para desprestigiar este conflicto achacaban su paternidad a Puente, que ninguna intervención tenía en él. La situación de los trabajadores era en extremo precaria. Las autoridades de Vitoria habían tomado parte directa en el conflicto responsabilizándole de cuanto pudiera suceder.

Durante la tramitación del litigio una hija de este guardia civil se fracturó un hombro y acudió a Puente para que curase a la lexionada, y éste, por su trabajo, caso nunca acostumbrado por él, cobró 300 pesetas. Una vez estas pesetas en su poder, acudió al

Sindicato e hizo entrega de ellas para el mantenimiento de la huelga; acto seguido comunicó al referido guardia. «Yo no he tenido parte en este conflicto, que es solo producido por el hambre y las pésimas condiciones del trabajo de estos obreros; más, puesto que Vd. quiere hacerme responsable, hágalo con razón: sus 300 pesetas han servido para mantener la huelga una semana más». ¡Así era Isaac Puente!

Del Isaac Puente médico, puede decirse lo mismo que del ideológico. Visitó gratis y pagó las recetas a los necesitados.

Su fama de buen médico adquirió vuelos inusitados, y a este respecto recuerdo un hecho que presencié y que pone de manifiesto el altruismo y desinterés de este hombre, que hacía de sus conocimientos científicos un apostolado en lugar de un comercio como la mayoría de sus colegas.

Un día, alucinados por su fama, llegaron a la puerta de su domicilio dos autobuses totalmente ocupados por enfermos. Después de recibirlos y enterarse de su pretensión, les despidió, sin atenderlos, con estas palabras. «Yo sabré curar, lo que no sé ni puedo es hacer milagros; soy un médico pero no un mago. Y como Vds. sufren una auto sugestión no soy el indicado para curar sus dolencias, acaso más ficticias que reales: Para ir en procesión a curarse van a la ermita de cualquier santo que les será tan benéfico como la visita en procesión al más grande «mago de la medicina: Asuero no hay más que uno, y ese no soy yo».

Ante este hecho consumado le hice ver que otro médico hubiese aceptado la situación y la hubiera sacado el partido económico que prometía. A lo cual me respondió. «Es verdad, dentro de la ciencia todo es mercantilismo, y estos mercaderes no tienen interés en que termine este endiosamiento en que la ignorancia los coloca. No se dan cuenta que la sociedad nada les debe a ellos, que son ellos los que deben a la sociedad. Ya que mientras ellos hicieron la carrera no producían nada y tenían la sociedad que producir para ellos y para ponerles en posesión de los medios científicos que les eran precisos. Por lo tanto, al doctorarse y dar comienzo a su trabajo no hacen más que devolver a la sociedad lo que ésta les anticipó. Si algún día estos comerciantes se dan cuenta de esta gran verdad y de que la verdadera misión de la ciencia es prevenir y no curar.

Cuando comprendan que entre ellos y los que ellos suponen inferiores existe una igualdad en todos los órdenes, ese será el día que termine el odioso mercantilismo, y ponga sus conocimientos al servicio de la sociedad con el solo interés de hacer el bien por el bien mismo.

¿Puede decirse más del médico que lo que transcrito queda? Podría, en verdad, decirse mucho más; pero el reflejo de lo que fué no modificaría en nada lo que apuntado queda.

De Isaac Puente como hombre nada hemos de añadir; su vida ejemplar es paralela a su vida como anarquista y como médico. Para satisfacer necesidades de los otros sufría él grandes apuros económicos.

No quiero caer en la redundancia de decir que era un enamorado de la familia, ya que se sobreentiende que quien ama con el desinterés que él lo hacía a todos los seres humanos, ha de ser un padre enamorado de su obra.

En síntesis: de Isaac Puente podemos decir que era un hombre todo nervio y corazón.

Una compañera y dos hijas deja, y en las filas Anarquistas un hueco que estimo sea difícil de llenar.

Puente era un maestro: después del vil y cobarde asesinato de que ha sido objeto es un mártir más de la gloriosa e invencible Confederación Nacional del Trabajo y del Anarquismo Universal.



ia meditar!

En cierta ocasión Isabel II ordenó entregar a un pedigrüño que logró conmovérsela unos cuantos miles de duros. Asombrado el mayordomo, imaginó un medio que influyera en el ánimo de la Reina con mayor eficacia que las reflexiones y los vanos discursos. En una de las habitaciones de la Cámara Real que Isabel II cruzaba con frecuencia hizo colocar en ordenadas pilas de duros la cantidad que había mandado regalar y ocurrió que ante aquella mesa de plata, ante aquella realidad Isabel II tuvo noción exacta del valor del dinero.

Si a los pueblos se les ofreciera en el hemicírculo del Congreso la visión material de los millones que cuesta el Estado y al mismo tiempo se les mostrara los esfuerzos, el trabajo, las privaciones, las angustias del pueblo para producir esa riqueza, comprendería la razón que nos asiste a los que propugnamos por un sistema fundamentalmente económico y antiestatal. Vería que los problemas de obras públicas, de cultura, de defensa, de organización de trabajo y tantos otros que son profundamente económicos, se plantean, se discuten y se pretenden resolver con rimbombantes retóricas, con alegatos jurídicos, con cánticos populares, como pleitos entre abogados o lo que es peor como problemas políticos.

En el deseo de ilustrar a nuestros lectores, queremos reproducir aquí un trabajo que lleva por título «El Estado es una gran mentira» un subtítulo «¿Dónde está su utilidad y beneficio?» escrito por Mariano Gallardo y publicado el 8 de Marzo de 1934. Dice así:

«Supongamos para mayor comprensión, una nación pequeña dividida en tres provincias: A. B. C. Que para el desarrollo del punto que nos ocupa, dá idéntico resultado ya que el Estado, sojuzgador de extensos dominios, no es más que una ampliación del pequeño Estado. Los dos, el Estado chico y el grande, se parecen tanto como una gota de agua a otra gota.

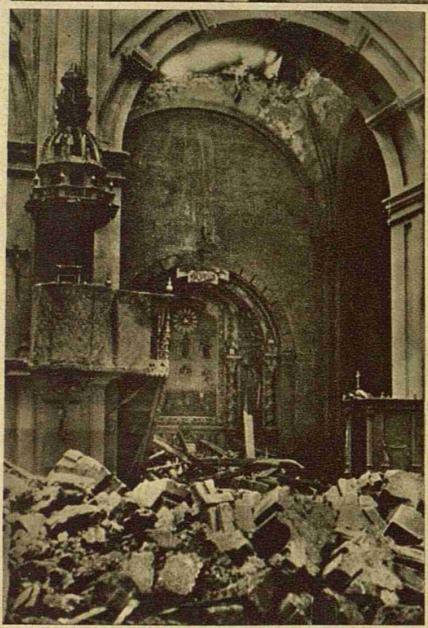
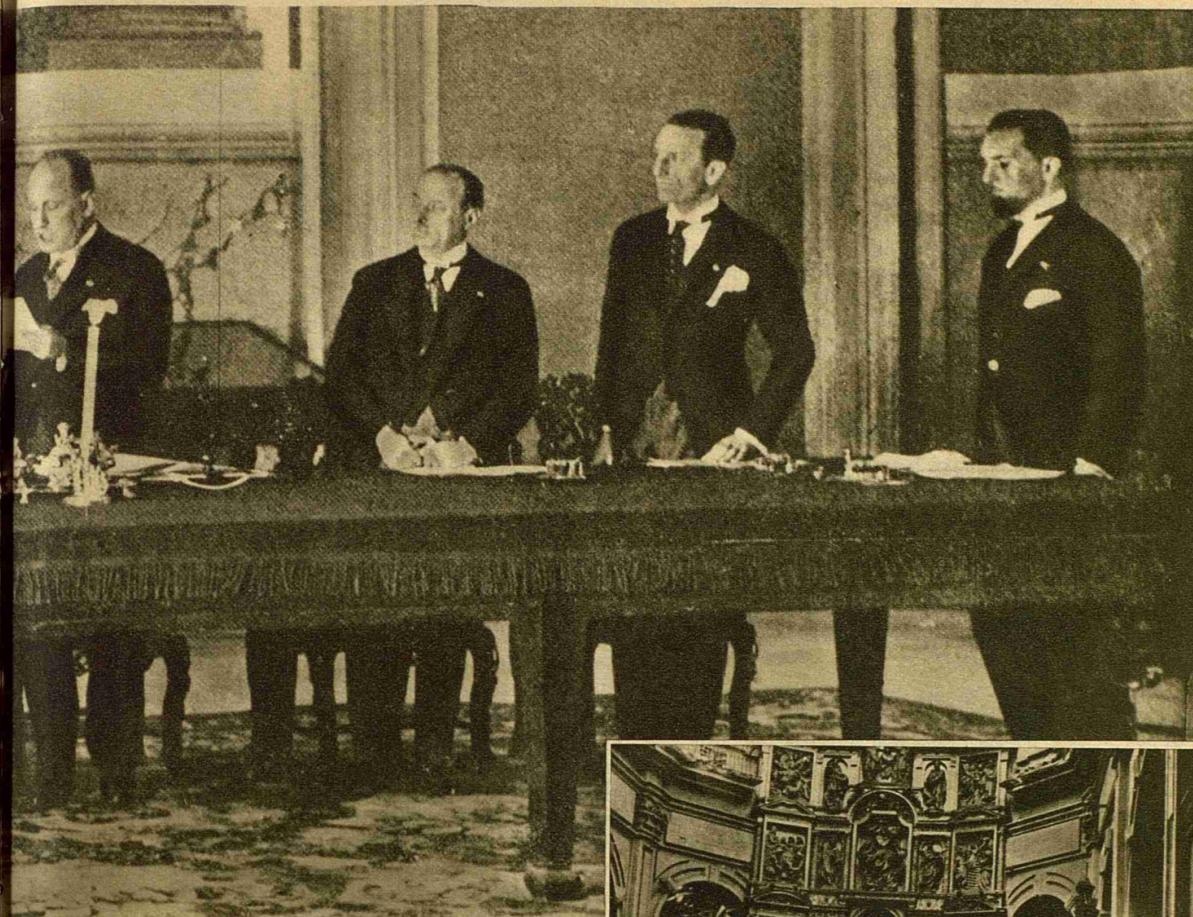
Convengamos en que dos ingresos del pequeño Estado de nuestro ejemplo están integrados por las tres siguientes sumas de dinero: cinco millones de pesetas que tributa la provincia A, diez millones que tributa la provincia B, y quince millones de la provincia C. que hacen un total de treinta millones, cantidad que está en manos del Estado, para atendimiento de las necesidades de la nación.

Los políticos gobernantes de este Estado, por buenísimos, dignos y honorables que sean, por muy derechistas o izquierdistas que se llamen, a la hora de invertir el dinero del Estado en subvenir a las necesidades del pueblo gobernado por ellos, nunca gastarán más de treinta millones, cantidad aportada por los habitantes de las aludidas tres provincias.

¿Podrán gastar más de lo aportado por los pagos del pueblo? De ninguna manera. Los políticos no realizan función productiva alguna. Y los que tienen cargos de gobierno, mucho menos. ¿Qué género de productividad labora un diputado, un ministro, un gobernador o un jefe de Estado?



Firma del Concordato entre Mussolini y la Iglesia.



La basílica de Loyola, respetada hoy y siempre por nosotros.



Manera de comportarse el fascismo con la religión.



la iglesia el fascismo y nosotros

Estos señores no producen nada útil en ninguna rama de la general actividad positiva del género humano. Ni en la ciencia, ni en la industria, ni en la agricultura, ni en el arte, ni en el progreso, ni en el trabajo...

Los individuos componentes de las provincias de referencia no podrán percibir, en ningún caso, de las arcas del Estado ni un céntimo más de los treinta millones, los cuarenta o los mil que ellos aportaron tributando al Estado, salvo la casualidad milagrosa de que los políticos con cargo pusieran su fortuna, hecha en un trabajo verdad, a disposición del pueblo, sumando a los millones tributados por éste los miles de pesetas de sus bolsillos particulares.

¡Utopías! Que los políticos dieran dinero a los pueblos por gobernarlos. ¡Qué cosa más extraña! ¡Esto sí que sería un misterio!

Fuera de fantasías. Miremos la realidad. Los gobernantes, lejos de dar dinero, lo cobrar. Hay pues que rendirse a la clarividencia de la verdad.

El pueblo, no sólo no obtendrá los treinta millones que él pagó al Estado, sino que siempre, siempre, percibe menos: pues a los millones que él abona al Estado para que éste beneficie a la nación, hay que restarles los miles y miles de pesetas que los políticos cobran por gobernar al pueblo.

Por consecuencia: si las provincias A. B. C. pagan treinta millones al Estado, éste, los políticos invertirán en beneficiar al pueblo, a esas tres provincias, veinticinco o veinte millones.

Lo que quiere decir que el pueblo siempre percibe del Estado bastante menos de lo que él, el pueblo, dá al Estado. Esto está tan claro que ni el más «eminente

estadista» del planeta osará refutarlo, y menos demostrarme que ello no es verdad.

Si el Estado de esas tres provincias, u otro, Estado cualquiera, sólo dispone, para beneficiar a éstas, de los millones que ellas le dan, y el se queda con una buena tajada de esos millones ¿qué utilidad, qué clase de beneficio puede esperar ningún pueblo del Estado?

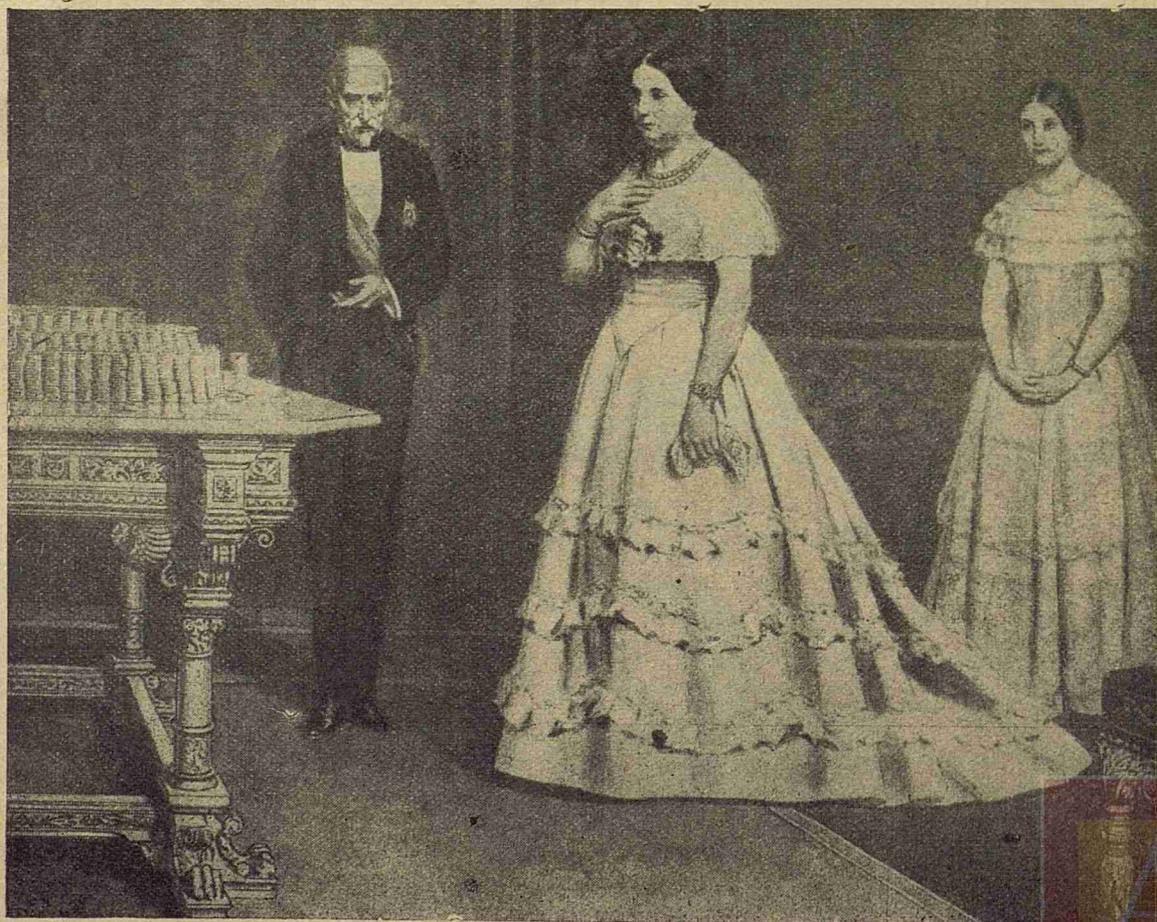
¡Ninguna, absolutamente ninguna! Se me podrá decir que la provincia B, por ejemplo, ha obtenido tal o cual beneficio del Estado. No lo niego. Pero tampoco me negará nadie a mí que si la provincia esa paga diez millones al Estado y éste le dá después doce, los dos millones de beneficio han salido de las provincias A y B dándoles menos de lo que ellas tributaron al Estado. En resumen: Cada peseta de utilidad que el Estado proporciona a tal individuo o cual región, representa dos pesetas al resto de los individuos o las regiones que forman la nación.

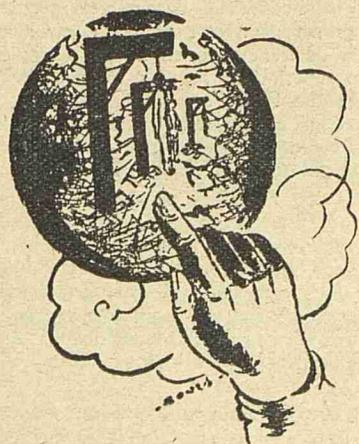
Cada minuto de bienestar proporcionado a una parte del pueblo por el Estado, cuesta muchos sufrimientos a todo el pueblo restante.

Cuanto mayor sea el número de individuos beneficiados por él, tanto más intenso el dolor de los no beneficiados.

Entiéndase bien, aquí sólo estudiamos la parte económica del Estado. En las demás, es aún peor que en el dominio económico.

El Estado sólo sería admisible cuando los gobernantes no cobrasen nada y dieran a cada individuo lo que éste tributa a aquél. O bien quitara a los que más poseen, para darlo a los que menos tienen. Las tres condiciones son imposibles de cumplimentar por el Estado.





explicación histórica de nuestra revolución

gonzalo de repáraz

Quedamos a las puertas de una gran época, en la que Iberia hace su solemne entrada en la escena del Mundo; la época en que el hombre aprende a usar los metales. Las Historias enseñadas en nuestros Institutos y Universidades, y en los ajenos, de los que los nuestros no son más que copias, dicen que los anales de la Humanidad se dividen en tres edades; Antigua, Media y Moderna, y que el uso de los metales comenzó en la Edad Antigua. No creas a esos historiadores. Su división es una fantasía erudita, sin la menor aplicación a la realidad. La verdadera división histórica es la que señala, explicándola sin error posible, la toma de posesión del Planeta Tierra por el hombre. Era continental (o fluvial); Era mediterránea de los mares secundarios; Era oceánica (o universal). La época de los metales, en la que Iberia sale a luz, es el primer capítulo de la Era Mediterránea.

Hacia largos siglos que el hombre había aprendido a ahuecar troncos de árboles y a servirse de ellos para navegar por los ríos; luego, a impelerlos con remos y a guiarlos con el timón; finalmente, descubrió la manera de aprovechar el viento e inventó la vela. En tierra había hecho otros descubrimientos prodigiosos. De la sección de un tronco fabricó la rueda. Uniendo dos ruedas por un eje, construyó el primer carro. Luego vinieron hombres industrioses que, domesticado el caballo, le engancharon al carro. Hasta ahí han actuado los semitas y sus aliados los ural-altaicos (súmeros) de Caldea. Pero con el caballo inauguran su acción bélica los arios, inventores del carro de guerra. Hacia el año 2 000, los ketas se apoderan de Babilonia, merced a la superioridad que el invento les da sobre los más civilizados.

La vela había andado con mayor celeridad su camino, y había hecho una revolución mucho más trascendente. El Mediterráneo Oriental, mar tranquilo, poblado de islas tan cercanas unas de otras, que el navegante, por muy breve espacio perdía la tierra de vista, con un cielo poblado de estrellas guadoras, rara vez encubiertas por las nubes, fué como una escuela preparada por la Naturaleza para que el hombre hiciera en él su aprendizaje de navegante, y así como los semitas continentales fueron los creadores de las grandes civilizaciones fluviales (Tigris, Eufrates, Nilo), así también los hamitas, sus parientes, o sea, la gente bereber, funda el primer imperio marítimo; el cretense, y por espacio de más de mil años dominan el tráfico acuático. Ellos son los que van a las remotas tierras donde el Sol se pone, en busca de los metales preciosos que otros parientes de raza, los iberos, poseen. Tras ellos vienen otras gentes de la misma estirpe; los fenicios. Y tras los fenicios, los griegos. Estos ya son otra cosa. Son la avanzada de la corriente aria, que no se contenta, como los semitas, con las utilidades mercantiles, sino que aspira a establecerse en el país; a colonizar; a dominar.

Diferentes en los propósitos, lo fueron también en el camino que trajeron. Cretenses y fenicion vinieron navegando por la costa africana, de playa en playa. Los griegos, de Italia a España, pasando por las Baleares; el mismo rumbo que nuestros colonizado-

res de hoy: Italia, Cerdeña, Mallorca. ¡Hasta en esto se repiten los capítulos primero y último de nuestra Historia!

II

Hace por ahora 2.500 años, el Mar Interior, vasto charco en cuyas orillas saltaban las ranas — como dijo Platón siglos después — ofrecía el espectáculo siguiente:

Todo su litoral Sur pertenecía a los semitas de ambas ramas: púnicos y bereberes. Su cabeza estaba en Cartago, es decir, en el paraje en que se tocan las dos vastas hoyas en que se divide, y desde el cual se las puede dominar a ambas. Los púnicos se habían establecido allí comprando la tierra en unos sitios, alquilán dosela en otros; no por conquista.

Eran comerciantes. Servíanse de las armas cuando las necesidades de su comercio lo pedían, pero no estaban especialmente preparados para la guerra. Gobernábalos una asamblea de plutócratas. En la navegación, eran maestros, como todos los de su raza. Ya para entonces, el litoral Norte del Mediterráneo era de los arios, con la sola excepción de la cuña etrusca (Etruria poco más o menos la Toscana actual), de origen desconocido, pero sospechoso de parentesco (nada más que sospechoso) con los cretenses. Griegos y romanos, y grupos afines, habitaban el resto de las regiones costeras. Los gérmenes de la civilización que poseían era el resultado de un injerto bereber en el tronco ario. Los griegos reconocían a los cretenses por maestros. Por eso hicieron renacer a su Dios sánscrito (Zeus o Diaus Pitter; Dios Padre) en Creta, como significando que en aquella isla había renacido su espíritu.

Por cierto que los cristianos, observantes de una religión semita, conservan al Señor de los cielos su nombre ario: Dios.

El semita es *Il*, *Al*, *El*, de donde el *El-lohim* israelita y el *Al-lá* musulmán. Muchos de los nombres de alta significación que la gente cree griego, son bereberes, esto es, cretenses; entre ellos, *polis*, de donde salen policía y política, y que significa también ciudad. Lo mismo digo del vocablo *torre*.

Del latín *turris*, declara la Academia en su Diccionario, sin remontarse a su origen griego, que es todo lo más a que podría remontarse, porque pensar que llegara hasta el bereber *tirremt*, su verdadera raíz, sería hacerse muchas ilusiones sobre la profundidad de la ciencia académica. En *tir*, radical de *tirremt*, nacen, además de *torre*, otras palabras importantes; *tierra*, *tirreno* (el mar de este nombre), *Trinto* (ciudad famosa por sus murallas ciclópeas, hermanas de las de Tarragona).

El castillo, o *tirremt*, era la morada del señor feudal de aquellos tiempos primitivos, que volvieron a repetirse en la Edad Media, y que, bajo nuevas formas, vemos reaparecer en nuestro tiempo. Desde su *tirremt*, el poderoso guerrero tiranizaba a los vencidos, que a los pies de la muralla de la fortaleza le obedecían ciegamente.

Iberia extendíase de Sur a Norte entre estos mundos enemigos, sirviendo de término occidental el Mar Interior, que iban a disputarse. En la tremenda guerra entre ellos, estaba destinada a campo de batalla en que se había de decidir la suerte de todos. No era una nación ni estaba en camino de serlo, a pesar de la riqueza de Tartesos (o Turdetania) y de la existencia allí (cuenca del Guadalquivir) de un embrión de organización política.

La tierra ibérica, tal como hoy la del Atlas, estaba cubierta por un polvillo de republiquetas, unas sueltas del todo, otras confederadas, formando **Ligas** que hoy se llaman **iefs**. Estos **iefs** se asocian para formar confederaciones contra enemigos más poderosos.

Para deliberar sobre los negocios del **ief**, los delegados de los **joms** asociados, se reúnen bajo un corpulento algarrobo, el vegetal bereber por excelencia, no la pitera ni la chumbera. El árbol de Guernica de los vascos, es venerable recuerdo de aquellos tiempos remotos.

El régimen democrático bereber padece una tendencia enfermiza hacia la oligarquía. Una familia numerosa, rica y conducida por un jefe astuto y valiente, acaba por dominar en el **anzifz** (**Consejo**), se construye un **firremt**; se encierra en él con los hombres de su familia y guerreros a sueldo; impone tributos, explota a las carabanas, dispone de todo como dueño absoluto. En Iberia le llamaríamos cacique. Tipos de caciques del Atlas: el Mtugui, el Gundafi, por ejemplo. En Galicia, Montero Ríos. Unos y otros servían a los Gobiernos para sujetar a los pueblos.

Los primeros buscadores de minerales que vinieron a España, entendieron con los caciques locales. Llegaban con sus mercaderías (diversas chucherías de la industria oriental) y armaban la feria en un recinto amurallado que recibía el nombre de A-Gadir. El primero fué Cádiz, y aún conserva sin gran alteración. (Gadir-Cádiz).

Otro gran negocio de los primeros traficantes fué la pesca, tan abundante en las aguas del Estrecho, como hoy. La salazón era una industria importante. Su centro, Málaga, de donde le viene a la ciudad el nombre, no bereber, sino púnico: Malaj (saladero). Prueba que los industriales eran los extranjeros.

Los indígenas daban la mano de obra y las primeras materias en las almadras, eran pescadores, y en las minas, extractores.

El capital y la organización eran fenicios o cartagineses (púnicos en ambos casos). En sus manos hallamos, en la aurora de nuestra Historia, los cobres de Rótinto. Hoy, pasados veintiocho siglos, siguen siendo semitas, porque están en las de Rotschild. Son una de las pústulas sintomáticas de que no hemos podido redimirnos de la dolencia del colonianismo.

Las naves púnicas pasaron el Estrecho y subieron hacia el Norte hasta el archipiélago británico, en busca de estaño. Por el Sur llegaron hasta el Senegal, o muy cerca, fundando diversas colonias en el litoral mauritano.

La acción colonizadora corría a lo largo del litoral, hasta el golfo de Lyon en el Medierráneo, y hasta las Casitérides (las Islas del Estaño) en el mar del Norte, o las Canarias en el del Sur. La Meseta permanecía inabordable. Estaba tan poco poblada como hoy. Cubríanla vastas selvas y habitábanla tribus atrasadas y belicosas. Pobres y cerriles eran también las de las montañas del Norte y Noroeste. Sus hombres pasaban por infatigables en la guerra y muy valientes. Los griegos de Sicilia les pagaban buenos sueldos, llevándolos a pelear a la misma Grecia. Y en todas partes confirmaron la reputación de que gozaban.

IV

Sicilia fué el primer campo de batalla entre arios y semitas. Los griegos habían fundado en la isla ricas y populosas ciudades, rivales de las metrópolis helénicas; las mayores. Siracusa y Agrigento. Y como todo el Sur de Italia, estaba intensamente helenizado, mereciendo el nombre de Magna Grecia que se le dió, los griegos estuvieron muy cerca de fundar en el centro del Mediterráneo un poderoso imperio propio, interpuesto entre la gran potencia africana, dueña de lo que hoy es Túnez, y de las principales islas del Mediterráneo Occidental, y la naciente República romana, menos dilatada pero compacta, fuerte, mejor organizada para la guerra de expansión y de rapiña.

Con ella tropezó Pirro, el genial conductor de hombres, a quien faltó poco para realizar el gran pensamiento político de los helenos. Sucumbió en la batalla de Benevento, en la que la legión confirmó definitivamente su superioridad sobre la falange. Poco después chocaban los griegos de Sicilia con los cartagineses, y tanto apretaron éstos a aquéllos, que para no sucumbir tuvieron que llamar a los romanos. Acudieron gozosos con la perspectiva de fructíferas conquistas, y estalló la primera guerra púnica.

De los contendientes, el más rico y el mejor organizado para las luchas de la paz, era Cartago. El mejor preparado para la guerra, Roma. En el mar parecían superiores los púnicos. La colaboración de los griegos, buenos marinos, y la nueva táctica adoptada por los romanos, de abordar a las naves enemigas, aferrándolas de modo que, inmobilizadas, eran tomadas por asalto, asumiendo la batalla naval los caracteres de una acometida campal en la que la excelente Infantería romana desplegaba toda su eficacia, dió la ventaja a los romanos.

Duró la guerra veinte años, pero Roma la ganó, quedando dueña del mar y de Sicilia. A la adquisición de esta isla siguió muy luego la de Cerdeña y Córcega. Los Tratados se la habían concedido a Cartago, pero como ésta tuviera que hacer frente a su ejército mercenario, que se había sublevado reclamando pagas atrasadas, Roma aprovechó la oportunidad para completar el despojo de su enemiga. Fe púnica era, para los romanos, la mala fe por excelencia, o sabían muy bien fingir que lo era. Ellos escribieron la Historia, no los púnicos, y la versión histórica romana es la creída por los civilizados de hoy, hijos espirituales del Lacio.

Pero los que no conocemos más padre espiritual que el examen directo de los hechos, y conservamos la independencia de nuestro criterio, pensamos que no podemos condenar a los semitas no habiéndolos oído, y que los arios no han dejado suficientes pruebas de su doblez y mendacidad para aceptar como verdades sus inverosímiles versiones de los sucesos. La Historia que se escribe para enaltecer la propia raza, la propia religión o la propia patria, la que contiene una tesis política o de cualquier otra especie, ya no es Historia, y no sirve para enseñanza de las generaciones futuras, antes las perturba el entendimiento y extravía.

Ya he dicho que los cartagineses, como todos los semitas, eran más trabajadores que guerreros (ganaderos, labradores, comerciantes). En el tráfico marítimo sobresalían entre todas las naciones. Momsen les llama despreciativamente «pueblo de horteras». A este erróneo juicio conduce el cultivo del sentido heroico de la Historia, o sea la Historia sin sentido común, generadora de esas resurrecciones de Imperios construídos sobre millones de cadáveres.

Con el producto de su trabajo pagaban los cartagineses soldados bereberes, cuando los necesitaban. Lo nacional era la Marina. Los romanos, que denigraron acerbamente todo lo cartaginés, tuvieron que reconocer la superioridad de los vencidos en todo lo referente al cultivo de los campos, y tradujeron al latín el tratado de Agricultura de Magón, para que los labradores italianos se instruyeran convenientemente. Las naves cartaginesas transportaban a remotas tierras los productos agrícolas y volvían cargadas de mercaderías coloniales.

Eran las más veloces y seguras, y sus tripulaciones las más arrojadas y diestras. Como el comercio era la profesión de los directores de aquella sociedad, honraba ejercerlo. Lo mismo las industrias, especialmente la naval. Lo que los grecorromanos tenían por infamante, los libiopúnicos lo consideraban glorioso. En Cartago habrían sido rechazadas con repugnancia las doctrinas de Jenofonte, Platón y Aristóteles, declarando envilecido al que trabajaba e incapaz de pensar y mandar.

La lucha a que vamos a asistir nace de la incompatibilidad de estos dos conceptos de la vida humana y de su dignidad: el que la funda en el esfuerzo pacífico, en el trabajo, y el que busca la solución del problema por la violencia, apoderándose del fruto del trabajo ajeno. El primer concepto es el semita; el segundo, el ario. Aquel, es civilizador; éste, destructor. Iberia nace uniendo su esfuerzo y su suerte a la del primero, cae con él, y vencida, sometida a un vencedor implacable, va a vivir muriendo (las Historias nutridas de heroísmo dicen que civilizándose) cerca de mil años; hasta el desquite de los semitas con Tarik y Muza-ben-Nosier, en 711.



A E

ARCHIVOS
ESTATALES

cataluña, baluarte de españa

por carlos roselli

Reproducimos este artículo de «El Día», de Montevideo. Su autor, Carlos Roselli, milita en las filas socialistas, es director de «Justicia y Libertad» y ex profesor de Economía de la Universidad de Génova. Hoy está de miliciano en los frentes de Aragón.

El gran interés, su fondo justo y humano, y su belleza literaria, nos mueve a publicarlo en nuestra revista.

Cataluña tiene hoy en sus manos el destino de toda la España. Con estas palabras creo poder resumir, después de dos meses y medio de vida en el frente, mis impresiones sobre la situación española.

Cataluña, por sí sola, representa el 24 por 100 de la población, la mitad de la riqueza y los tres cuartos de la industria y del comercio español. (Desgraciadamente no tiene industria pesada ni usinas de municiones.)

En el frente de Aragón, a 350 kilómetros del mar, está pronto para la ofensiva un poderoso ejército catalán, que cada día mejora su organización y su disciplina. Los rebeldes pueden contar con Mola, pero los catalanes pueden contar también con García Oliver.

Cataluña, en el espacio de tres meses solamente, ha sabido reemplazar el viejo orden por un nuevo orden, revelando un sentido admirable de medida, de realismo y de organización. El que ha conocido a la Barcelona de julio y de agosto ya no podría reconocerla hoy. En vano uno buscará a los civiles armados, las barricadas, la circulación caótica, la inflación de los controladores. La gran ciudad presenta hoy una fisonomía normal. Todos los servicios públicos, incluso los taxímetros, funcionan regularmente. Lo mismo ocurre con los espectáculos.

Es cierto que hay más igualdad entre los ciudadanos. No se ven ni sombreros femeninos, ni alhajas, ni paseantes elegantes en los paseos y en las Ramblas. El tono de la vida es más serio, y las oficinas públicas tienen un ritmo intenso de vida. La vida de una revolución efectiva y reconstructiva.

Cataluña es un país donde todas las fuerzas revolucionarias se han reunido sobre la base de un programa concreto de socialismo sindical: socialización de las grandes industrias y de los latifundios (con plena indemnización para los capitales extranjeros); respecto de las pequeñas propiedades y de las pequeñas empresas, y control obrero.

El programa lleva la firma de la C. N. T., la poderosa organización sindicalistaanarquista, y de la U. G. T., la organización socialista. Ha sido adoptado por la Esquerra Catalana. Hoy es el programa del Gobierno. Porque, y este es un hecho importante, en la dirección de la nueva Cataluña se encuentran también los anarquistas. El sindicalismo anarquista, difamado, está en tren de dar pruebas de notables capacidades constructivas. "Hoy, un sólo imperativo nos manda —me decía, ha e-

algunos días, uno de los representantes más conocidos del anarquismo catalán, Santillán—: vencer en la guerra. Todo debe ser subordinado a la guerra, hasta algunos desarrollos de la Revolución, si es necesario".

Me habló de la creación de una poderosa industria de guerra. Un técnico francés ha dicho: «Ustedes, los catalanes, en materia de movilización industrial, han hecho en tres meses, lo que nosotros realizamos en los dos primeros años de la guerra mundial».

Nosotros soldados del frente, nos hemos dado cuenta de la grandeza de este esfuerzo industrial. Habíamos partido con una combinación de tela, una camisa y un par de zapatillas. Estamos en vías de trasformarnos en el ejército mejor equipado del mundo: uniformes de lana, calzados, capote, sacos de cuero, impermeables, botas, nutrición muy abundante y variada. Es un milagro, lo repito: el milagro de una revolución cuyo secreto se encuentra en la adhesión del pueblo, en las capacidades de los sindicatos y de los dirigentes.

No soy anarquista, pero estimo que es un deber de justicia iluminar a la opinión extranjera, sobre las características del anarquismo catalán, que tantas veces se ha pintado como una fuerza puramente crítica y destructiva, si no criminal. El anarquismo catalán encarna una de las grandes corrientes del socialismo occidental. Se adhiere a Bakunín y a Proudhon, a la primera internacional; siempre ha proclamado la virtud de la organización obrera. Es precisamente por su fe enorme en la organización obrera y en la acción directa, que ha combatido a los partidos políticos socialistas, en los cuales veía, como Sorel, un peligro burocrático y reformista.

Los comunistas libertarios de Cataluña, son revolucionarios voluntaristas, para los cuales el movimiento social no es el resultado mecánico del desarrollo de las fuerzas productivas, sino el esfuerzo creador y de la lucha de masas.

El socialismo marxista, toma a la masa, a la colectividad, como punto de partida. El comunismo libertario se apoya más bien en el individuo. Reclama personalidades fuertes, conscientes, capaces de emanciparse en la esfera de la vida interior y exterior. La revolución debe hacer del hombre su instrumento, su medida, su fin. Nada de centralismo ni de burocratismo, pero sí una libre asociación de hombres libres; federalismo económico y político; libertad activa y pasiva en todos los

aspectos de la vida. Humanismo libertario: esto es el anarquismo catalán. Su pasión por la cultura es conocida: su más grande mártir es un educador: Francisco Ferrer. La Cataluña está llena de pequeñas revistas y de cenáculos culturales.

Los anarquistas «expropiadores»: Los Durruti, los Ascaso, los García Oliver, los Jover, cuando eran considerados como bandidos, fundaban en París una casa de ediciones (y Stalin, acaso no fué, también, un «expropiador»?). Es tiempo que se destruya esa leyenda sobre los anarquistas catalanes, y que se reconozcan el valor de su esfuerzo y la importancia de su trabajo. Estoy profundamente convencido de que en Cataluña está en tren de nacer una nueva forma de democracia social, que nos dará una síntesis teórica y práctica de la experiencia rusa y de herencia de occidente. El anarquismo es una fuerza ingenua y fresca, es cierto, primitiva en ciertos aspectos, pero justamente por eso abierta al porvenir. Sus dirigentes no son viejos personajes solemnes, agotados por treinta años de parlamentarismo; son jóvenes revolucionarios de treinta a treinta y cinco años, que han madurado en la cárcel y en el exilio, y que están dotados como todos los catalanes, de una visión amplia y práctica de la vida. No están embarazados por una doctrina meticulosa y estática. Su socialismo se nutre de experiencia; y su personalidad es demasiado fuerte para no comprender las exigencias imperiosas de la guerra y de la Revolución.

Un episodio entre muchos otros: Un célebre anarquista septuagenario, estaba enojado en Barcelona, contra la heterodoxia de sus compañeros. — ¡Cómo! ¿Anarquistas en el Gobierno catalán? ¡Cómo! ¿«Solidaridad Obrera» se permite recamar la disciplina y la militarización de las milicias? ¡Cómo! ¿Una delegación anarquista en Rusia?

El viejo anarquista fué a protestar ante García Oliver, secretario general de Guerra, el ídolo de la Barcelona proletaria; pero un ídolo clarividente, dotado de contralor propio. Después de media hora de conversación, el viejo anarquista quedó convencido.

¿Cómo explicar la influencia magnética de García Oliver?

Su coraje impetuoso; una inteligencia rápida ayudada por una memoria implacable; una excepcional capacidad organizadora y animadora. En cuanto llega, se siente que con él llegan el optimismo y la juventud. Su caminar seguro y altivo tranquiliza; su sonrisa abierta y fresca entusiasma.

Un día, impasible junto a la mesa, mientras las bombas caían en todo su alrededor, expuso poco después a un mecánico expatriado su filosofía de la vida, dinámica y combativa, ironizando sobre la regularidad funesta de la vida burguesa.

García Oliver acaba de ser llamado a formar parte del Gobierno de Madrid, como ministro de Justicia. ¡Qué camino ha recorrido! ¡Qué abismo ha franqueado García Oliver; después de siete años de prisión bajo el antiguo régimen, había sido perseguido durante la República. Pero hoy sirve y ayuda a otra República.

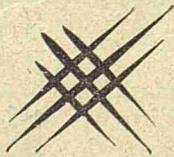
He estado setenta y cinco días en el frente y en las trincheras con los anarquistas catalanes. Les admiro. Los anarquistas catalanes son simplemente una de las vanguardias heroicas de la revolución occidental. Con ellos, surgen un mundo nuevo, al que es agradable servir.

Recordad los días 19 y 20 de julio en Barcelona. Uno de los mejores generales de España, Goded, había preparado científicamente el asesinato de Cataluña. Cuarenta mil hombres de la revolución ocuparon por sorpresa, los puntos estratégicos. Barcelona estaba teóricamente vencida. Pero en Barcelona está la C. N. T.: hay millares de obreros revolucionarios, dirigentes jóvenes y llenos de voluntad, de los cuales se ha aprendido que la revolución no es ni la obra de la Historia, ni de la economía, ni de un partido, ni de un comité. Es la obra del individuo, que lleva en sí todas las responsabilidades y toda la responsabilidad del porvenir.

De un golpe, esos obreros, esos hombres, instruidos por la lección de abril de 1931, y sobre todo por la de octubre de 1934 (cuando Barcelona fué dominada sin resistencia), se largaron a la calle. Atacaron a las ametralladoras y cañones con miserables revólveres, cuchillos y camiones. En el espacio de algunas horas, al precio de quinientas vidas, el fascismo feudal quedó barrido; toda Cataluña es libre. Y después de una semana, las primeras columnas de ciudadanos armados, pasaban a la ofensiva de Aragón,

Se diría que es una fábula. Y es una realidad. La historia de la transformación de este pueblo en ejército, contiene elementos de epopeya. Concluyo como he empezado: Cataluña tiene en sus manos el destino de España revolucionaria. Dentro de un mes podrá armar a trescientos mil hombres y vencer. ¿Por qué no lo ha hecho hasta ahora? «Porque ha sido boicoteada, dejada de lado». El socialismo madrileño, ha continuado soñando con su centralismo unitario, a Barcelona no llegan más que las migajas. El socialismo y el comunismo internacional miran con preocupación a esta gran fuerza.

Felizmente, todo esto va a cambiar ahora. Se podrán perder batallas aún; pero se vencerá en la guerra. La razón de esta fe es muy simple: en los últimos meses ha nacido un mundo nuevo, un pueblo entero ha gustado de los frutos de la libertad, no solamente en los mítines, sino también en las usinas, en el campo, en el frente. Este pueblo ya no podrá volver a la esclavitud».



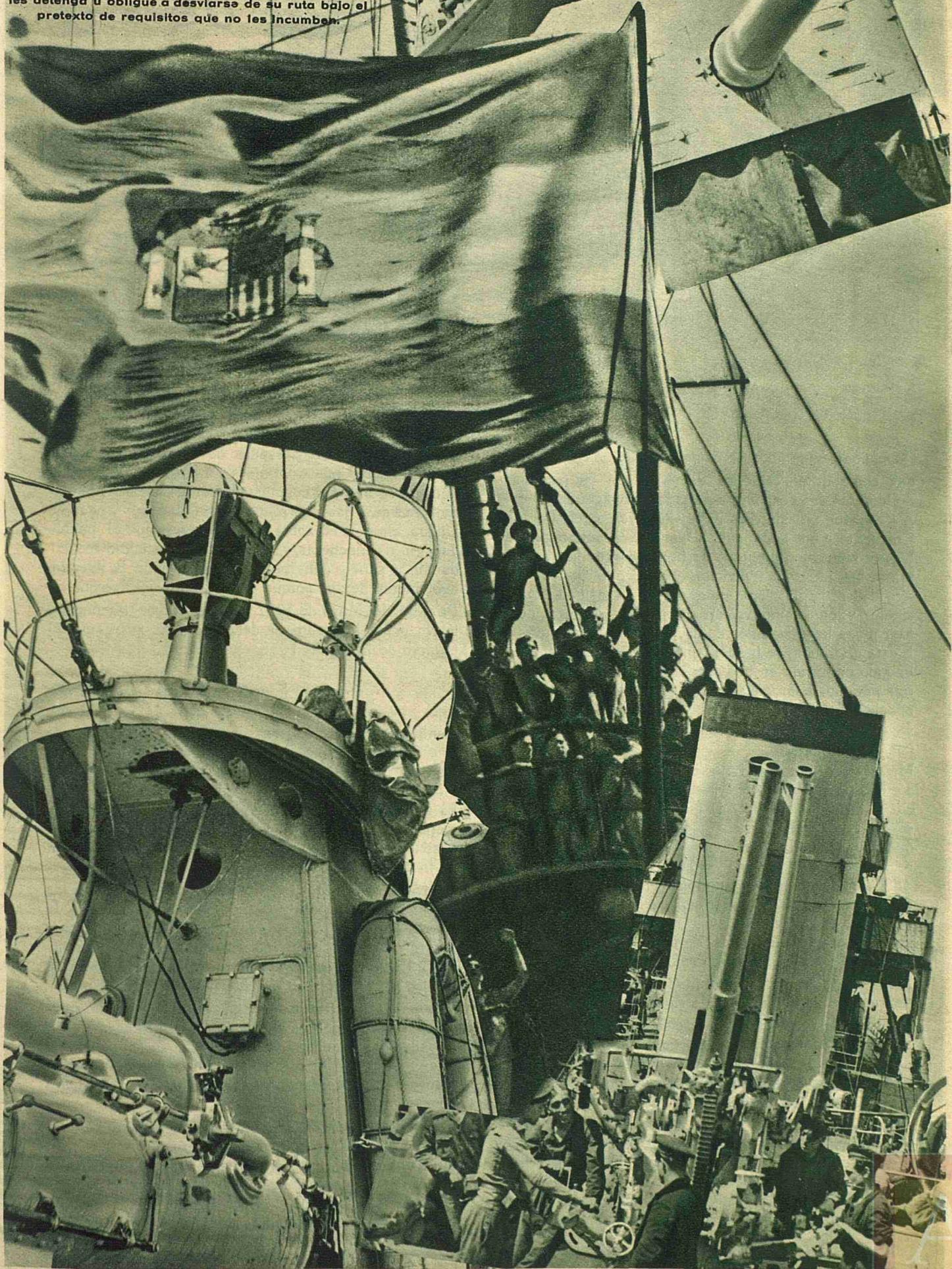
A E

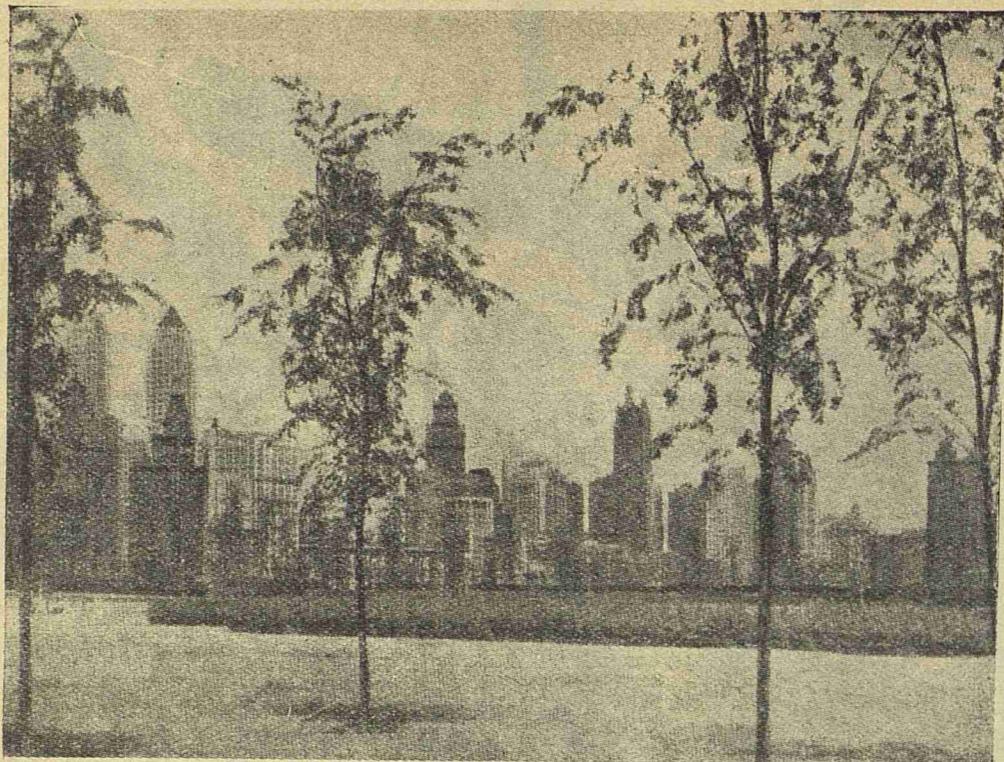
ARCHIVO
ESTATALES

nuestra marina ante el control

La flota republicana y las fuerzas del aire, siempre que les sea posible, prestarán servicios de escolta y protección a los buques que enarbolan legalmente la bandera de la República española.

Asimismo deberán impedir que a los buques de nuestro pabellón, cualquiera que sea su cargamento, se les detenga u obligue a desviarse de su ruta bajo el pretexto de requisitos que no les incumban.





Una vista de Chicago.

1.º
de
m a y o
1'886
1937

Cincuenta y un años se cumplen del gran crimen jurídico cometido en América del Norte en las personas de los más destacados y esforzados propagandistas del Anarquismo y desinteresados luchadores obreristas. Cincuenta y un años que la burguesía internacional lucha titánicamente porque desaparezcan de la faz de la tierra las ideas de redención obrera, que con más intensidad cada día siente germinar en su psiquis consciente, y que como volcán en erupción amenaza destruir todos los privilegios de clase y casta parasitaria. Fiesta de trabajo se ha denominado a este día: día que ha sido empleado en holganza y jolgorio. Pero que año tras año, los anarquistas hemos alzado la bandera de oposición a la fiesta. Porque conociendo el verdadero significado del día, sabíamos que no era día de fiesta, era día de luto!

Mientras el mundo se hallase sometido a una burguesía que podría arrastrar a las masas proletarias a situaciones como la del 1.º de mayo de 1886; y en tanto esta burguesía se hallase respaldada por unos tribunales, que complacientemente con sus amos cometieran actos repugnables como la ejecución el 11 de Noviembre de 1887, de los hombres que tomaron parte en el mitin celebrado en Haymarket. Mientras los trabajadores se sintieran esclavos económica y políticamente, ese día, el primero de Mayo, era día de protesta, de recordación; pero no de descanso y vagancia.

Hoy, en 1937, nos vemos muy cerca de lo que los anarquistas hemos mantenido siempre.

Producto de la sublevación fascista-militarista, se halla próximo el momento que el primero de Mayo sea un día de alegría, de holganza y de satisfacción. Ya que la humanidad se verá libre de burguesía que le explote y «justicia» que le asesine.

El pueblo español, en este primero de Mayo, se halla ya de alivio luto. El pueblo español, responsable de su deber y de la alta misión que las circunstancias le han encomendado, sabe que este año, desde las trincheras unos y desde las fábricas otros, tenemos que trabajar con ahinco, más que siempre, para que el próximo

Mayo podamos lucir, después de abandonar decididamente el luto, nuestro traje de inmaculada blancura, anuncio de una paz conquistada por las huestes proletarias. Paz que nada ni nadie podrá destruir ya que se hallará cimentada sobre los cadáveres que el pueblo dejó en las trincheras, y regado su imperecedero recuerdo con la sangre generosa de los héroes de la libertad: doblemente héroes porque son los hijos del trabajo.

Primero de Mayo de 1937, día de trabajo intenso y febril, presagio seguro de descanso, paz y armonía el primero de Mayo de 1938.

Significado del 1.º de Mayo

Aunque nuestros lectores conozcan el significado de este día, extractaremos los hechos luctuosos acaecidos, para que sirvan de recuerdo a quien olvidarlos pudiera y conocimiento de los que lo ignoran.

La inquietud de los productores en Norte América comenzó a iniciarse a principios del siglo pasado, iniciándose un gran movimiento obrero tendente a la reducción de la jornada de trabajo.

En 1803 y 1806, respectivamente, se organizaron los carpinteros de ribera y de construcciones urbanas de Nueva-York. En 1832 se declaró la primera huelga por la jornada de diez horas, por los calafateadores y carpinteros, los cuales no consiguieron su propósito, pero en cambio lo consiguieron en Nueva-York y Filadelfia.

Desde 1845 a 1846, las huelgas se repiten sin interrupción en los estados de Nueva-Inglaterra, Nueva-York y Pensilvania. Producto de esta actividad se celebró el primer Congreso Obrero el 12 de Octubre de 1845 en Nueva-York, acordando la fundación de sociedades obreras.

Según crecía la agitación en las filas proletarias, hacía éste más consciente y más revolucionario. En tanto que en los medios gubernamentales germinaba la idea de hacer concesiones. Ante esta situación rebelde de las masas proletarias, el Parlamento inglés estableció la jornada de diez horas.

Como consecuencia de un Congreso Industrial celebrado en Chicago en Junio de 1850, se organizaron en muchas ciudades agrupaciones de oficio, para conseguir la jornada de diez horas, empleando como arma de más efectividad, la huelga.

Los obreros consiguieron que varios Estados promulgasen legalmente la jornada de diez horas.

Los obreros no se conformaron con aquellas mejoras, y desde este momento, todos sus esfuerzos se reducen a la consecución inmediata de las ocho horas.

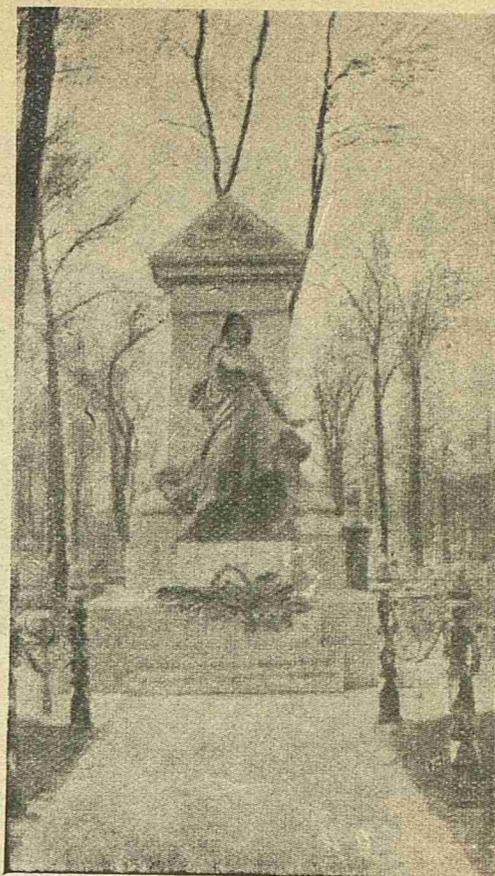
El 20 de Agosto de 1866 se celebró un Congreso en Baltimore, en el cual se acordó abandonar a los Partidos y crear el Partido Nacional Obrero. Un año después, el 19 de Agosto, celebró su primer Congreso.

En 1886, y años siguientes, se producen grandes huelgas por la consecución de la jornada de ocho horas.

Entre los alemanes residentes en los Estados Unidos comienza, en el año 1870-71, a organizarse las primeras fuerzas de la «Asociación Internacional de los Trabajadores», que es la que presta conciencia y aliento al movimiento obrero americano y europeo.

Así, en este estado de agitación reivindicativa, nos hallamos en los últimos días de Abril de 1886, en que los productores todos, organizan una huelga general para el día 1 de Mayo, por la jornada de ocho horas. Por fin, llegó el día señalado para la huelga; los trabajadores abandonaron sus puestos y declararon la jornada de ocho horas. Los días 2 y 3 se celebraron actos de propaganda, en los cuales la policía cargó contra el pueblo indefenso. La noche del 4 al 5 se celebró el mitin que fué origen del proceso más monstruoso que se registra en los anales de la Historia. La burguesía puso en juego todas sus malas artes, y consiguió que fueran condenados los propagandistas más destacados del Socialismo revolucionario. Ocho hombres fueron los condenados, de ellos uno se suicidó, cuatro fueron ahorcados y los tres restantes enviados a presidio. Siete años después, un nuevo gobernador hace una revisión de causa y lanza a los cuatro vientos que el proceso que condenó a los anarquistas era una monstruosidad jurídica, y pone en libertad a los que se hallaban en presidio. Este es, en síntesis, el origen del Primero de Mayo.

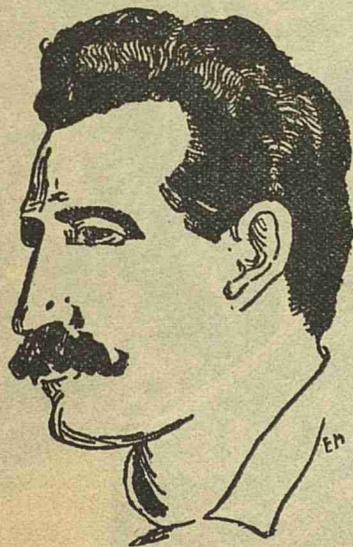
Por esto los anarquistas, mientras Chicago pueda ser todo el mundo y 1 de Mayo todos los días, no aceptábamos fiesta.



datos biográficos de los condenados por el odio burgués

augusto spies

Augusto Vicent Theodore Spies, nació en Laudeck, Hesse, en 1855. Fué a los Estados Unidos en 1872, y a Chicago en 1875: trabajando en su oficio de impresor. En 1875 se interesó mucho por las teorías socialistas;



frecuencia se le invitaba a hablar en los meetings obreros de las principales ciudades de Illinois.

dos años más tarde ingresó en el partido socialista y fué redactor del periódico *Arbeiter Zeitung*, en 1880; poco tiempo después sucedió a Paul Grouttkan, como director del periódico, cuyo cargo desempeñó con gran actividad, hasta el día en que fué detenido. Desde aquella época (1880) se reconoció en él a uno de los más inteligentes propagandistas de las ideas revolucionarias. Era un ardiente orador y con

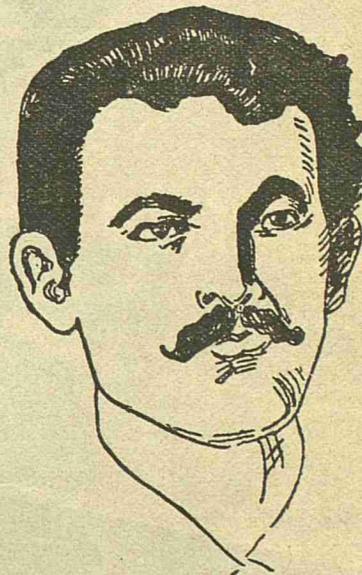
luis lingg

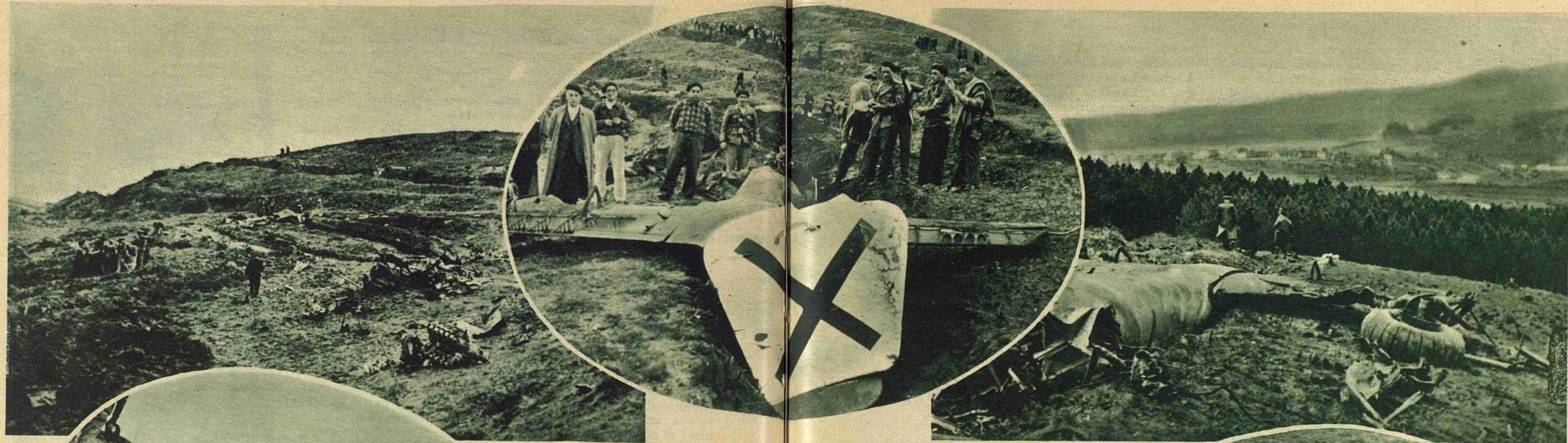
Nació en Mannheim (Alemania) el 9 de septiembre de 1864. Su padre trabajaba en maderas de construc-

ción y su madre era lavandera. Luis recibió su educación en las escuelas públicas de su pueblo natal.

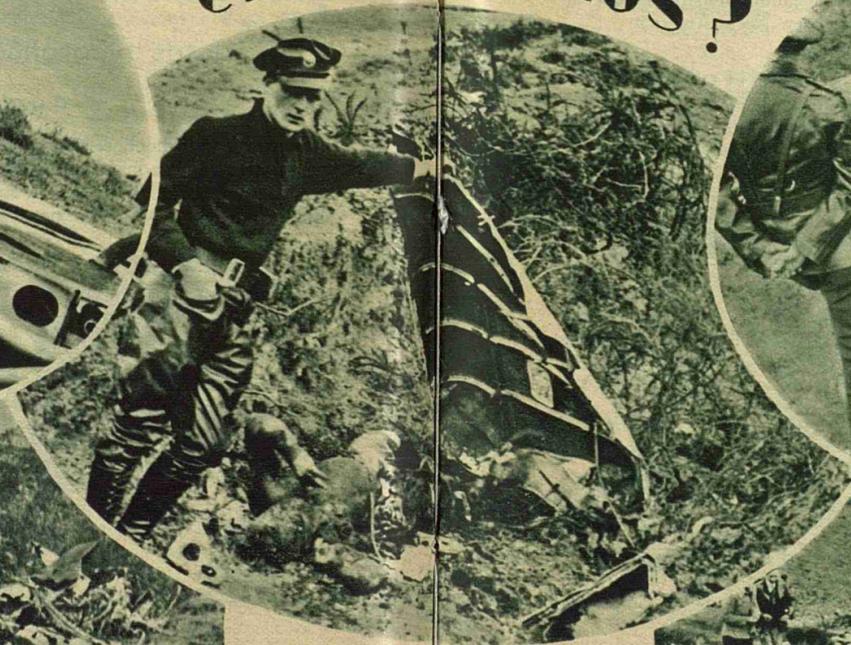
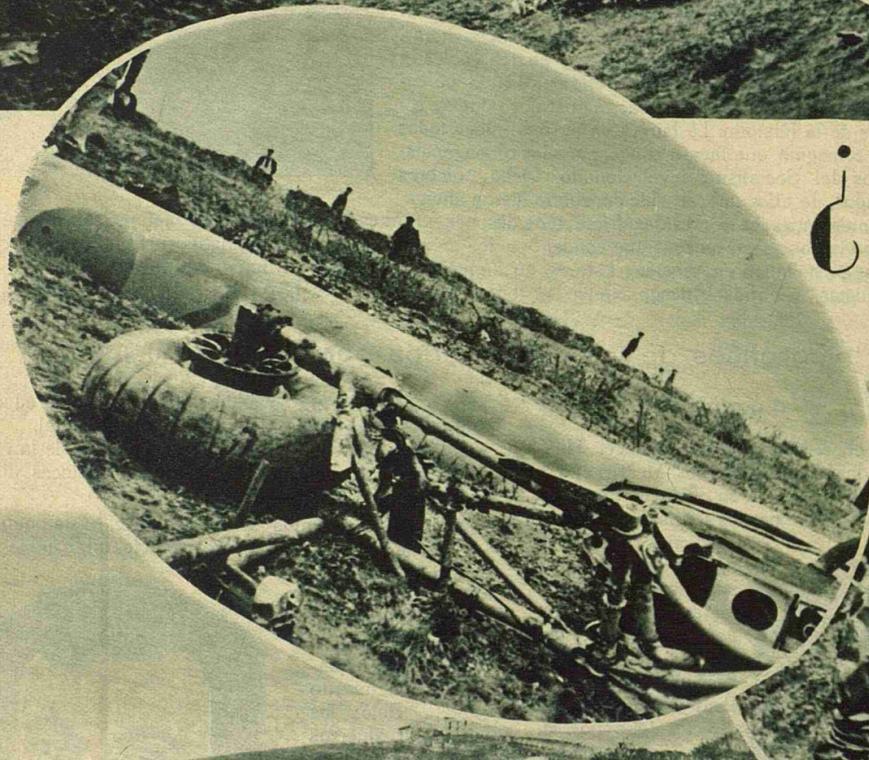
La manera de cómo las primeras sombras de la vida empezaron a oscurecer el horizonte del entonces niño las refiere del modo siguiente:

«Mi primera juventud se deslizó feliz, hasta que una desgracia ocurrida a mi padre produjo tal cambio en nuestra posición, que muchas veces el hambre y la necesidad fueron huéspedes implacables de nuestro hogar. Solo los titánicos esfuerzos de mi pobre madre hicieron que sus visitas no fueran diarias. Tratando de recuperar un tablón que se había deslizado sobre la superficie del río, se rompió la capa de hielo y mi padre desapareció de pronto en las aguas, costando grandes dificultades ponerlo a salvo. Este accidente destruyó su salud y amenguó su capacidad para el trabajo. En vista de esto, sin dudar, su noble patrón le redujo el salario, aunque ya hacía doce años que mi padre le trabajaba lealmente, y por último le despidió,





¿Qué se habian
creido ellos?



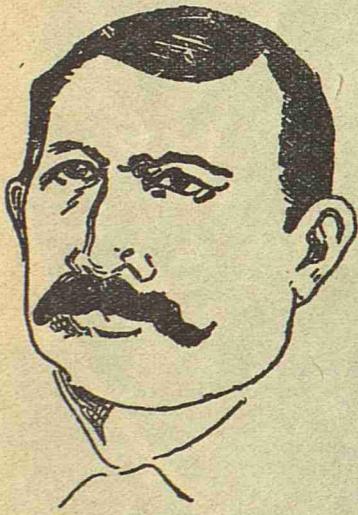
diciendo que el negocio iba en decadencia. Así, cuando apenas tenía yo 13 años, recibí las primeras impresiones de la injusticia de las instituciones sociales reinantes, es decir, la explotación del hombre por el hombre, observando lo que pasaba en mi propia familia. No me pasaba inadvertido que el burgués de mi padre se hacía cada vez más rico, a pesar de la vida dispendiosa que hacía, mientras que mi padre que había contribuido a formar aquella riqueza sacrificando su salud, fué abandonado como un instrumento ya inútil. Todo esto arraigó en mi ánimo el germen de amargura y odio a la sociedad presente, y este odio se hizo más intenso a mi entrada en el palenque industrial.»

Lingg aprendió el oficio de carpintero y después del tradicional aprendizaje de tres años (en Alemania), viajó por el Sur de aquella nación y luego por Suiza, trabajando donde quiera se le presentaba ocasión. No tardó en enterarse de las doctrinas socialistas, que aceptó con entusiasmo.

En 1885 llegó a América. No quería someterse al servicio militar en Alemania, y por eso no se consideró seguro en Suiza. En Chicago obtuvo trabajo en su oficio, y pronto ingresó en la sociedad en que tanto se distinguió por su actividad organizadora. Pudo con noble orgullo envanecerse de que la sociedad a que pertenecía saliera, sin menoscabo de sus fuerzas, del movimiento por las ocho horas en mayo de 1886.

jorge engel

Nació en Cassel (Alemania) en 1836. Recibió una educación común en las escuelas públicas y aprendió el oficio de impresor. En 1873 pasó a los Estados Unidos y un año después llegó a Chicago, donde se afilió al partido socialista. Fué el fundador del famoso grupo "Northwest" en 1883. Su notoria actividad y energía incansable impulsaron grandemente la organización. Engel era un orador incisivo y su palabra correcta y fácil era oída con agrado por todos.

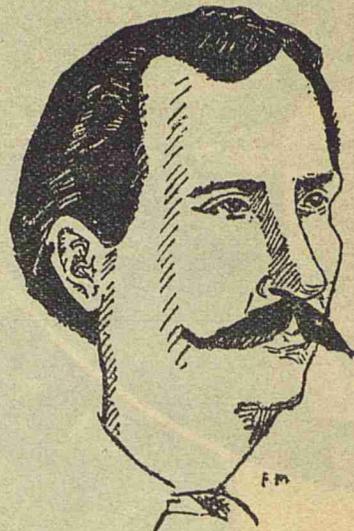


alberto r. parsons

Nació en Montgomery, Alabama (Estados Unidos) en 1884. Sus padres murieron siendo él muy joven y su hermano W. R. Parsons, que era general del ejército confederado, pasó a Tejas, llevándose consigo a su hermano Alberto. Allí recibió su educación en los colegios de Waco. Después aprendió a impresor en el periódico "Galveston News", y cuando estalló la guerra se fugó de casa de su hermano e ingresó en un cuerpo de artillería del ejército confederado. Poco tiempo después sirvió bajo las órdenes de su hermano, recibiendo señaladas distinciones por sus heroicidades.

Después de la guerra fué editor del periódico *El Espectador*, en Waco. Con gran disgusto de su hermano

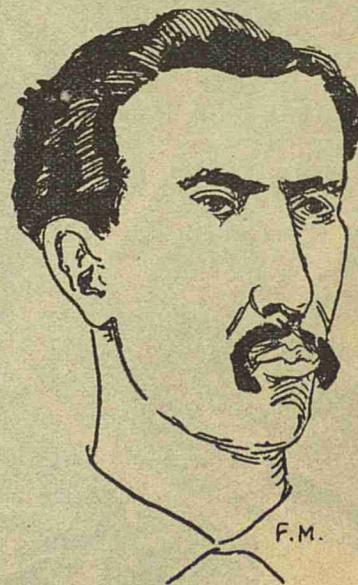
se hizo republicano, en cuyo partido figuró en primera fila. Ocupó dos puestos importantes en el Gobierno de Austin, y fué secretario del Senado del Estado de Tejas. En Chicago trabajó algún tiempo en varias imprentas y se hizo un agitador temible entre las clases trabajadoras. Por sus méritos fué nombrado maestro obrero del distrito 24 de los Caballeros del Trabajo y presidente de las asambleas de oficios, cargo que desempeñó tres años consecutivos. En 1879 fué nombrado candidato para la presidencia de los Estados Unidos por el partido socialista, la que renunció por no tener los 35 años que pide la Constitución. En 1883 contribuyó a formar el programa de la Asociación Internacional de los Trabajadores en el Congreso



de Pittsburg. Fué elegido candidato a la Concejalía de Chicago varias veces, y finalmente, en 1884, fundó el periódico *La Alarma*, órgano del Grupo Americano. Desde esa época, sus continuos servicios a la organización y su actividad incansable, como asimismo su palabra fluida y convincente, hicieron de Alberto R. Parsons una de las más importantes figuras que descollaban entre la pléyade de trabajadores ilustrados que dirigían el movimiento obrero en Norte América.

adolfo fischer

Era natural de Alemania y tenía treinta años cuando lo ahorcaron. A los diez años emigró con su familia a los Estados Unidos y aprendió el oficio de tipógrafo en Nashville (Tennessee). Desde muy joven profesó ideas socialistas. Adelantando en su educación sociológica, fué poco después editor y propietario del periódico *Staats Zeitung*, que se publicó en Little Rock (Arkansas). En 1881 vendió el periódico y se trasladó a Chicago, en donde trabajó de impresor, fundando después un periódico defensor de las ideas más avanzadas en el campo socialista. Desde entonces, su reconocida ilustración le llevó al desempeño de difíciles comisiones en el seno de la organización obrera.



orientemos la revolución

por carlos barquin

Cuando en cualquier período histórico se ha producido una conmoción revolucionaria, han estado presentes las diversas tendencias que animaren tal convulsión. Son las distintas minorías de orientación, que miran la conducción de las masas desfrenadas en toda su potencialidad destructora primero y luego resurgir reestructivo. Parecen los artífices del futuro, impulsados a imprimir rumbos por cauces de acorde con sus doctrinas o ambiciones.

En algunas minorías, les iluminan horizontes sinceros de claro afán altruista, de sinceridad revolucionaria. Otras, animadas de afán demagógico, maniobran más o menos limpiamente en ambición personal o partidista. Los primeros, con todo el tipicismo dictatorial, aherrajadores moral y materialmente de los pueblos. Los segundos, con todo el mal gusto de acentuado fanatismo partidista, más torpe cuan más sincero así, y traidor cuan más astuto.

Si un pueblo, por carácter o convicción ha recogido en sí la influencia del poder captador o proselitista de una tendencia y, ha hecho carne de convicción en su cerebro y corazón la ideología revolucionaria que él inspirare a través de las luchas más o menos experimentadoras, sólo un fracaso en la obra reestructiva revolucionaria, puede apartar a tal pueblo de su núcleo de opinión.

El espíritu del pueblo forjado a través de los siglos casi continuos de opresión—salvo ligeros chispazos de libertad—y llevado a un plano capaz de impulsarle a emprender decisiones a fondo de por sí, nada le puede apartar de la trayectoria de finalidad revolucionaria inspirada a influencias de las características del momento mismo de iniciarse la Revolución.

Y vanos serán los esfuerzos de las tendencias que pretendan maniobrar sobre la marcha de los acontecimientos intensos—período de insurrección o reestructivo—aprovechase de las dificultades que surgen, haciendo una labor derrotista de los defectos de ordenación. Nada conseguirán los que obrando con deslealtad en los momentos difíciles, pretenden obtener los beneficios del pescador en el río revuelto. Y se estrellarán contra la pared de cal y canto, cuando en vez de adaptarse a la idiosincrasia y voluntades del pueblo, apelan a los resortes demagógicos para desviar los cauces de la Revolución, como los que tan profundamente surcó el pueblo español, en su único y glorioso 19 de julio.

Todas las teorías montadas a fin de ordenar un nuevo sistema económico y social permanente, ha llegado el momento, cual alumbramiento de una vida, de ensayar sus posibilidades de sistema. Y en este instante único, lay de la directriz revolucionaria que titubee en sus pasos entre las dos fuerzas latentes del triunfo o el fracaso de todas las revoluciones. Una delante, inerte; la acumulación enorme de los problemas escabrosos que genera una revolución. Otra atrás, dinámica, pujante terrible de un pueblo ciego desencadenado en su furor, exigiendo soluciones apremiantes!

Esa directriz revolucionaria, si se muestra débil, vacilante, sucumbirá en el punto e instante mismo de su debilidad, de su vacilación. Y lo peor, es que tras sí ahogará todas las esperanzas revolucionarias, colocando a un pueblo que después de haber hecho la guerra al enemigo, por incapacidad de su vanguardia

sin cerebro ni riendas ya, topa en un callejón sin salida, y caerá donde han caído todas las revoluciones fracasadas. La dictadura.

Estos no son momentos de vacilación. Es preciso solucionar sobre la marcha, y aun no dando punto de reposo, a veces se han de resolver problemas futuros, verdadera piedra de toque de un plan estructurado perfectamente. Y cuando la acumulación de inconvenientes nos entrelaza los pies y entorpece nuestro caminar, demos un salto en el vacío, con valentía, con decisión, y en nuestra caída vertical, el instinto de conservación nos hará topar con el resorte del acierto. No temamos morir aplastados y menos cuando nuestra orientación directriz, refleje a irradiación de las masas trabajadoras, que a nuestras espaldas apoyarán nuestros movimientos.

No pretendo descubrir un nuevo huevo de Colón, al decir que el campo anarcosindicalista español, tiene más fuerza que inteligencias.

No sea éste ningún jarro de agua para nada ni para nadie y quizás sería inoportuna mi aclaración—harto aclarada ya por otros—al decir que los trabajadores actualmente estamos deficientemente preparados mentalmente, para que de la noche a la mañana asumieramos la directriz del Mundo sin titubeos. Al menos, en un balance de capacidades individuales del campo revolucionario en contraste con el conservador, dejaría mucho que desear de una manera general. Mas lo trágico de la realidad, es que el sistema capitalista ha emprendido un vertiginoso desliz por un declive casi vertical, arrastrado por su generación mutua de odios, rivalidades, despilfarro de guerra, de sangre, de hambre, de injusticias; y con todo el privilegio de sus medios de capacitación a su alcance, son incapaces de encontrar solución humana al conflicto creado así mismos. Y ante la bancarrota inminente, es preciso reemplazar en períodos ordenados, las directrices de los pueblos, de las manos capital-fascistas, por una sociedad cuyos hombres sean morales, más justos y, también más inteligentes.

En estas cuestiones es realmente más importante la moralidad y la mejor buena voluntad, que una vastísima ilustración. Bien es cierto que a nuestro lado no se ven muchos «intelectuales», aunque yo muchas veces analizando del trato con algunos intelectuales distinguidos del campo capitalista, he contrapesado todo el cúmulo de su esfuerzo «empollador», con el resultado práctico a la vida, de tres o cuatro de nuestras medianías, todas desplegadas en actividad, buena voluntad y sinceros.

Y también he observado la «carcasse» con que se muestran muchas veces nombres ilustres y la profundidad de su capacidad y cultura de muchos de nuestros obreros, modestos, anónimos, que sin estridencias ni baladronadas, caminan constantes por los senderos de la autosuperación.

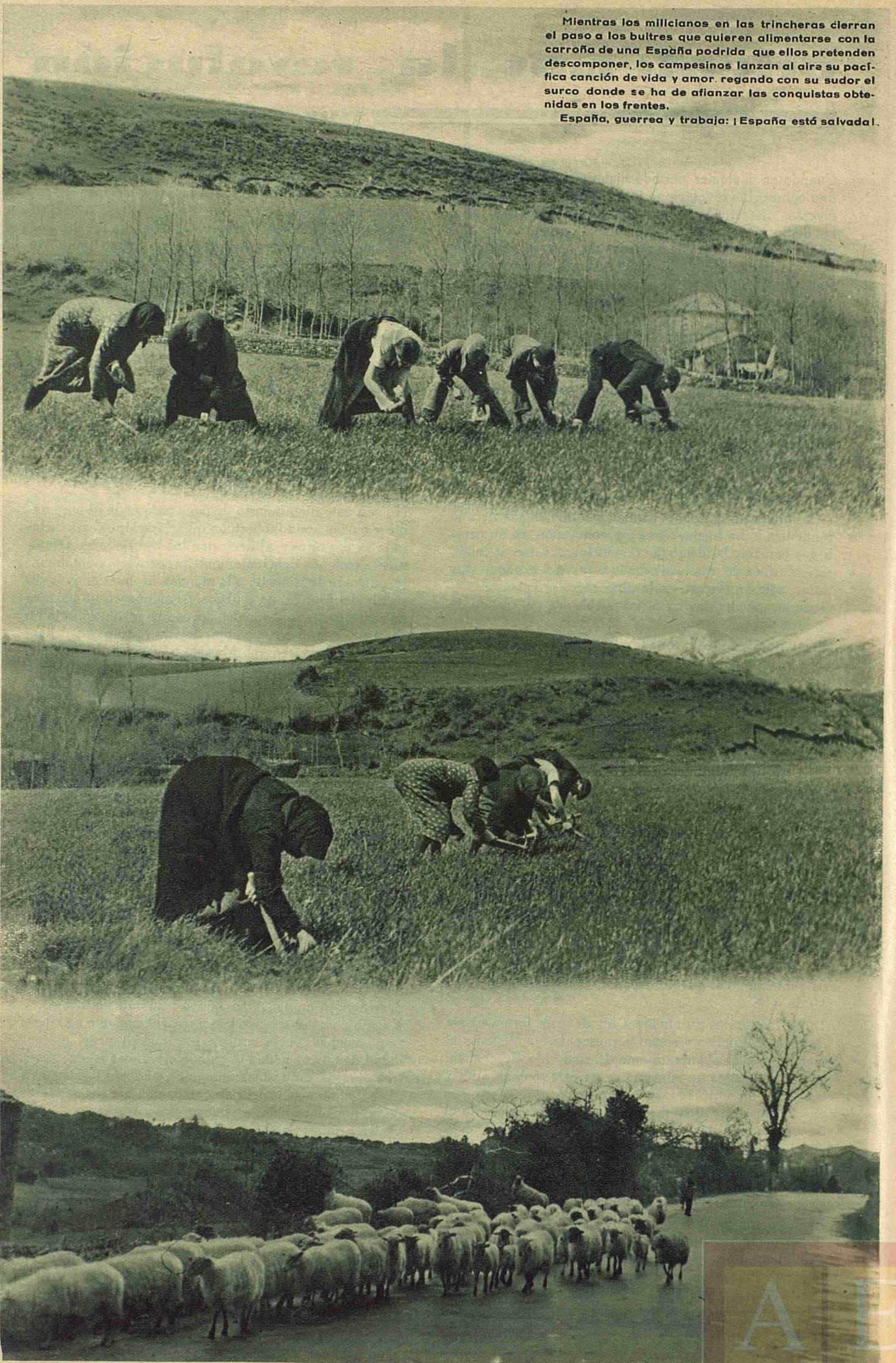
Quizá a nuestros obreros que tienen callos en las manos, les sientan mal la aditamentación de intelectual y, en cambio en «fracs» de mascarada, con etiqueta de intelectual, nieble la mayor miopía en sus cerebros desarrollados en conocimientos baladis...

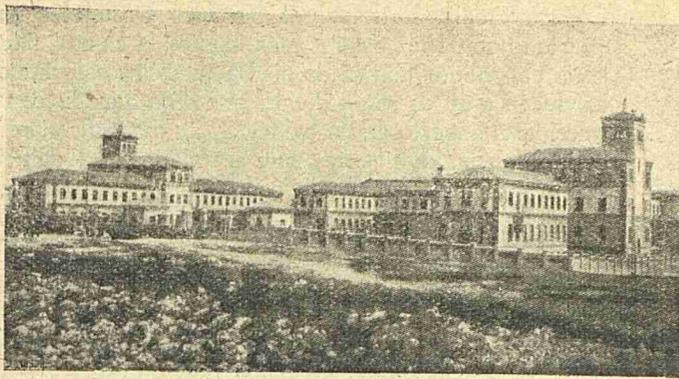
A pesar de todo, la enorme fuerza del anarquismo de España, no ahoga nuestra inteligencia. Hombres de acción han sido los que han hecho todas las revoluciones, y ese factor en nuestro campo, si no fuere preciso sería excesivo.

Por los hombres pensadores.

Mientras los milicianos en las trincheras cierran el paso a los buitres que quieren alimentarse con la carroña de una España podrida que ellos pretenden descomponer, los campesinos lanzan al aire su pacífica canción de vida y amor, regando con su sudor el surco donde se ha de afianzar las conquistas obtenidas en los frentes.

España, guerra y trabaja: ¡España está salvada!





la escuela popular otomana

por
domenech

¡Turquía!...

Pocas personas son conocedoras del avance cultural y civilizador que ese Estado asiático está llevando a efecto por medio de esa legislación tipo sindical que tanto le enaltece. Cultura y progreso al margen de todo fanatismo religioso, de toda influencia egoísta del occidentalismo despótico y esclavizador que, asentado en una civilización de dudosa paternidad, nos lega el derecho bárbaro de la agresión...

El esfuerzo que ha realizado este gran pueblo se calibrará al tener en cuenta los factores ponderables de la tradición, religión e incultura en que le tuvo sumido el sultanado y las castas privilegiadas que le gobernaron. No obstante ese lastre, el laborioso pueblo turco ha sabido, dentro de la vertical jurídica de su Constitución, reconstruir una economía basada en normas de equidad; hacer una transformación industrial y agrícola de cuya potencialidad nadie duda y dar al mundo de Occidente el mentís a la cultura y humanidades con que se cubre para tapar las lacras de sus autopías pacifistas y colonizadoras.

A cuantos hayan visitado Turquía les sorprende la admirable uniformidad que ofrece, desde la implantación de la República —tipo sindical— a estos días, el pueblo otomano, a pesar de los distintos elementos que lo componen y no aciertan a explicarse como las masas que continuamente inmigran en aquella nación, procedentes de los países más diversos y de las razas más variadas, llegan tan rápidamente a confundirse en un solo pueblo. El que emigra, abandona su antigua patria, que no le da lo que él necesita, y está dispuesto a ser un buen ciudadano en la patria nueva que ha de colmar sus esperanzas; pero aun aquellos que van a Turquía solo para enriquecerse y regresar a su país con los bolsillos llenos, no les queda más remedio que otomanizarse, porque la escuela popular turca se apodera enseguida de sus hijos y aun de ellos mismos, y de este modo se obtiene «la uniformidad otomana», desde el mar Negro hasta el Mediterráneo, desde las fronteras terrestres de Siria, Persia, etc., hasta sus actuales europeas. El objeto democrático y sindical que la escuela turca se propone es formar ciudadanos de la gran República, aun cuando la tierna planta a ella confiada haya recibido otro cultivo en país extranjero. «Soy otomano», contesta el nuevo hijo de este pueblo, que a las seis semanas ha adquirido un conocimiento asombroso del idioma y de las nuevas costumbres otomanas. «Mi padre es Francés...», o irlandés, o italiano, o ruso o alemán.

Hay, sin embargo, y esto es lo sensible, aun cuando sea muy significativo el hecho liberal y democrático del goce de una libertad cultural y de pensamiento que en épocas anteriores no tuvieron, quienes no quieren destruir en sus discípulos el idioma, ni el recuerdo de su patria originaria, ni extinguir en ellos la noción y el recuerdo de sus antiguas costumbres, en una palabra, que no quieren en aras del espíritu nuevo matar el espíritu viejo de sus educandos, convencidos de que el fin que la enseñanza debe perseguir no ha de ser únicamente convertir los retoños de este pueblo mixto en ciudadanos del país liberador, sino hacer de ellos hombres que piensen claramente, que tengan sentimientos delicados, como ciudadanos del mundo todo.

La escuela popular, sobre todo en las grandes ciudades, ha de luchar en Turquía con dificultades que en otros países no se conocen. Los escolares de los distintos pueblos europeos han crecido en el suelo de su nación, han sido educados dentro de ideas uniformistas y en una misma clase social. La escuela turca, en cambio, lo acoge todo en su seno: niños de las más opuestas razas, de las más variadas clases sociales, de las más distintas creencias, de la aristocracia del dinero, de la clase media, del proletariado, blancos, negros o amarillos. Las escuelas privadas son en muy escaso número, y muy pocas son también las familias que educan a sus hijos por medio de profesores particulares o institutrices. En cuanto a las escuelas confesionales, en muy corto número establecidas, por virtud de la ley laica llamadas a desaparecer en corto plazo de tiempo, imperan en ellas los mismos principios democráticos que en la escuela popular neutra.

Para explicar cómo las escuelas populares realizan esa difícil misión que se sintetiza en la idea igualitaria, lo mejor es visitar algunas escuelas de cualquier ciudad y sobre todo de Constantinopla, Brusa, Escutari o Angora. Es natural que los que allí llegan procedentes de todas las regiones del globo, procuren ponerse en contacto con sus compatriotas, venidos antes que ellos, a fin de aprovecharse de su experiencia; de esto resulta una división bastante marcada de población en las distintas partes de dichas ciudades. Así fácilmente puede verse grupados a los alemanes, franceses, italianos, españoles, húngaros, irlandeses, africanos de las diferentes partes y estados del continente, y hasta indios y chinos. Fijándonos en lo que pudiéramos llamar barrio español —en él viven 30.000 familias de origen español que conservan las costumbres y el idioma de sus antepasados—, situado en la parte Sur de Instambul, visi-

temos la de la ribera «el Andalus», una de las más nuevas entre las 150 escuelas populares que aproximadamente cuenta esta ciudad. Es un edificio largo, de dos pisos, con severo portal y magnífica escalera, que está rodeado de un patio de juego y sobresale por encima de las casas inmediatas, sencillas, pero bien conservadas. Verdes céspedes y espaciosos jardines a ambos lados de la entrada central hace aún más grata la impresión que el exterior de la escuela produce. Los edificios escuelas construídos en los últimos años —y Instambul es diligente en construir para no quedarse atrás en el aumento de población— tienen un carácter uniforme: líneas rectas interrumpidas por un cuerpo central saliente o por alas laterales que se elevan en forma de torres; dos pisos con amplios corredores, anchas escaleras y tres o cuatro grandes salidas que permiten evacuar el local en pocos minutos. Las aulas, espaciosas, dotadas de prácticos pupitres, sencillamente pintadas y con muy pocos adornos, pero estos de buen gusto, están orientadas de modo que la luz las baña por completo.

Cuando penetramos en la ancha galería de la escuela de la ribera «el Andalus», el gran reloj toca la hora del descanso de todas las clases, y 1.200 escolares, niños y niñas en amigable camaradería, bajan por escaleras y corredores hacia los patios de recreos, con paso seguido, pero no ordenado militarmente. Si hace mal tiempo, amplios locales en la planta baja ofrecen abrigo a los escolares para aquellos ratos de descanso.

Comienza en aquel momento la clase de gimnasia: las niñas hacen ejercicios de flexibilidad y de pasos rítmicos, y los niños se ejercitan en el palo y en los saltos, unas y otros bajo la dirección de una profesora, cosa que choca a los visitantes europeos, pero que es muy común en todas las costas de África y Asia bañadas por el Mediterráneo, en donde la enseñanza diaria de la gimnasia corre a cargo de mujeres —también sucede igualmente en toda la América del Norte— y únicamente están confiadas a hombres las funciones de directores y examinadores.

El curso de la enseñanza es igual en todas las escuelas y su influencia sobre los niños depende no tanto de las disposiciones naturales de éstos, y aún de los profesores, como del medio en que los escolares viven y de la raza a que pertenecen.

La escuela Alacher es de las más antiguas de Instambul, y precisamente por estar situada en uno de los barrios más poblados y más feos y ser frecuentada por niños cuyas familias se desenvuelven en un género de vida defectuosa, los directores han puesto empeño en compensar sus malas condiciones de local con una limpieza extremada y con un buen gusto en la ornamentación; así en todas las ventanas de las clases hay flores y en las paredes de los corredores escogidos grabados, reproducciones de las más notables obras de arte. Y recientemente un árabe acomodado ha regalado a esa escuela y a la de la ribera del «Andalus» una colección de valiosas obras literarias y de arte.

Para los niños que frecuentan la escuela Alacher es un Paraíso; acostumbrados a las pobres viviendas de sus padres —actualmente el Gobierno ha decretado la urbanización de dicho barrio—, encuentran en ella orden, limpieza, comodidad y, lo que es aún mejor, el cariño de la maternal directora, que bondadosamente atiende sus peticiones, y de las profesoras afables que saben despertar en sus corazones nobles sentimientos humanos de fraternidad social.

La enseñanza no se circunscribe al libro o a la explicación, sino que se da principalmente de una manera práctica; así las niñas, bajo la dirección de sus profesoras, guisan y se dedican a todas las faenas domésticas, y los niños aprenden prácticamente diversos oficios.

La escuela de la paz es una de las más hermosas de

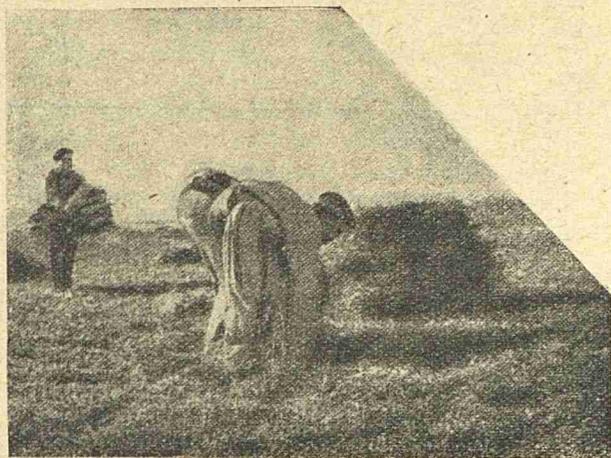
Constantinopla. Entre pobres barracas y cuarteles que pueblan uno de los barrios más feos de la ciudad, alza-se la imponente fábrica de piedra; amplias escalinatas conducen a un cuerpo saliente que dá a aquella construcción el aspecto de un palacio, y un magnífico jardín de la infancia, inteligentemente instalado en el edificio que la luz baña por todos lados, constituye un sitio ideal para los pequeñuelos que allí juegan y cantan y que cantando y jugando aprenden.

En estas escuelas se han establecido hace poco, clases para niños recién inmigrados que no conocen el turco. Antes esos niños o eran distribuidos en las clases según su edad y constituían, por consiguiente, un obstáculo para los demás, o bien eran destinados a las clases de los principiantes, con lo que siempre permanecían rezagados con respecto a los otros de su edad. Ahora, en cambio, dos maestras se consagran exclusivamente a ellos, y es asombrosa la rapidez con que aprenden el idioma y pueden luego seguir sus estudios con los de su clase respectiva.

Trasladarse desde una de estas escuelas de barrio a uno de los elegantes Institutos municipales, que son verdaderos palacios, es pasar de un mundo a otro distinto. Pero aún en éstas escuelas de la 2.^a enseñanza impera la democracia; así, junto a un pequeño «dandy» producto de otra sociedad y raza, o de algún opulento mercader judío o indio, vemos a un chicuelo con traje de trabajo y manos encallecidas por rudas faenas; al lado de una chiquilla campesina, tostada por el aire y el sol en las labores del campo, la niña del alto diplomático, del representante comercial de firma extranjera, del personaje acomodado vestida a la última moda. Director, maestros y maestras tratan a unos y a otros con igual cariño, y la enseñanza que se dá en estas escuelas es seleccionada y minuciosa; sin embargo observamos en estos centros de enseñanza de 2.^o grado una diferencia: en aquellos niños de maneras distinguidas no encontramos ese sentimiento de gratitud que brilla en los ojos de los que frecuentan primeramente las otras escuelas iniciadoras, ni la ingenuidad, la candidez de la infancia menos pulimentada, esas cualidades tan hermosas en la niñez y que no bastan a compensar las formas de urbanidad aprendidas.

Los métodos de enseñanza han sufrido en los últimos 5 años importantes transformaciones, y hoy, desde los jardines de la infancia, que allí han llegado a una perfección en ninguna parte conseguida, hasta la escuela media, que prepara al alumno para la vida práctica, el principio dominante en el sistema escolar es enseñar al niño a «hacer»; de aquí la gran importancia que se da a la enseñanza manual, a la enseñanza de artes y oficios. Del mismo modo que en los jardines de la infancia, los niños aprenden a ver, a hacerse cargo de lo visto y a reproducirlo manualmente por medio de dibujos, así también durante todo el período escolar se enseña a los alumnos a ver, a examinar con su propio espíritu lo visto y lo vivido, a dar a los fenómenos por ellos asimilados una expresión propia e independiente. A este fin, el dibujo del natural constituye una de las ramas más importantes de la enseñanza, desde que ésta comienza en los jardines de la infancia hasta que termina en las escuelas superiores.

«Aprender a hacer»; he aquí, en mi concepto, la esencia de la institución otomana. El objetivo de ésta no es tanto proporcionar al niño un caudal científico previamente acumulado, como ponerle en condiciones de adquirirlo por sí mismo, desenvolver todas sus aptitudes para que pueda apreciar prácticamente la vida, pero aprendiendo también la parte elevada de la misma; la de la solidaridad entre los humanos, la de la igualdad en el derecho.



problemas de la revolución

estructura orgánica de las cuestiones del campo

por José Viadiu

Causas que la determinan

Es sabido que, en período normal, un cincuenta y cuatro por ciento de nuestra economía radica en la aportación que con su trabajo constante y con su tenacidad, a prueba de infortunios y privaciones, viene haciendo el trabajador del campo, en provecho del acervo común. Y si antes del 19 de julio ya tenía una preponderancia la agricultura, sobre la industria, ¿hasta qué punto la superará ahora que, por efectos de la guerra y de la Revolución, algunas industrias vegetan y mueren, mientras, a consecuencia de las necesidades del momento, se han intensificado las actividades en el campo?

Este simple razonamiento muestra a las claras la necesidad de atender con preferencia los problemas campesinos. Si es necesario ir a marchas forzadas hacia un reajuste total de la economía, no sería por demás que empezáramos nosotros con la agricultura, cuya vertebración y eficiencia es tan necesaria, que puede parangonarse con las industrias bélicas. A nadie escapará su importancia. Si los pertrechos de guerra representan la resistencia en los frentes, si son la base de la defensa y del ataque, los productos del campo pueden conceptuarse como el principal elemento nutritivo de los ejércitos combatientes y de los núcleos civiles de la retaguardia. De ahí la honda preocupación de esta hora convulsiva en cuidar estos dos aspectos vitalísimos: una industria de guerra eficiente, y una producción agraria incrementada en gran escala.

La C. N. T. ante el problema agrario

Haremos referencia, en líneas generales, a la labor realizada por la C. N. T. en el campo, con el fin de unir el pasado con su presente y futuro. Para ello será preciso reconocer que cuanto ha penetrado en lo íntimo del campesino que represente espíritu de lucha, afán renovador e inquietud rebelde, se debe a la labor propagandística, a la siembra revolucionaria realizada por nuestra central sindical. Esta realidad la han venido confirmando los acontecimientos actuales, los cuales han patentizado el propósito liberador que vibra en las clases más humildes del proletariado del campo, siendo los núcleos confederales quienes han sentado los primeros jalones de la transformación social que ha de liberar al agro español de las viejas artimañas y ru-

tinias que le embrutecían y esquilaban, entrando de pleno en una fase de responsabilidad en el orden de la producción y distribución social de los productos elaborados por la clase trabajadora.

¿Responde la organización confederal campesina a las exigencias que crea la nueva situación? ¿Funcionan los organismos adecuados para que, social y económicamente, puedan aportar el provecho debido a las necesidades del presente? Nosotros quisiéramos llamar la atención a todos los camaradas, militantes y organismos superiores, para que no olvidaran este problema. para que le dieran el valor que en realidad tiene, para que le prestaran su ayuda y concurso, convirtiendo nuestra organización campesina en una cosa viva, dinámica, responsable y eficiente.

Organización Oficinesca y Burocrática

Nosotros hemos combatido la empleomanía como una enfermedad endémica española. Esta es una verdad; pero llegado el momento, las realidades han obligado a nuestros militantes a desplazamientos en lugares oficiales y estatales, dejando semidesnutridos los puestos de responsabilidad en los Sindicatos, Comités y organismos confederales. ¿No sería hora de valorizar debidamente nuestros medios orgánicos y de lucha? ¿No podríamos empezar por buscar un máximo de rendimiento a la organización campesina, tan esencial y básica en los momentos actuales?

Cualquiera que haga un contraste entre los elementos que se emplean en la industria, con lo mísero y desatendido que queda el campesino, comparando la economía industrial y agraria, se convencerá al momento de la necesidad de prestar una mayor atención al problema del campo. La industria cuenta con núcleos abundantes de militantes, oficinas, despachos, organizaciones, etc., que pueden atender la variedad de asuntos que sus necesidades reclaman, mientras que el campesino está huérfano de lo elemental. De ahí que en primer término deba irse a organizar una oficina que responda al volumen de las exigencias del momento. El Comité Regional de Relaciones Campesinas debería estar en condiciones para convertirse en el aglutinante de las necesidades e inquietudes del campesinado; debería ser el punto de donde surgieran las orientaciones diversas a Comités y Juntas; debería ejercer el asesoramiento

moral, social y técnico de todos los trabajadores del campo.

Estadística y Censo Agrario

Una de las misiones esenciales de esta oficina, a la par que encauza el movimiento sindical, al mismo tiempo que orienta y resuelve las cuestiones de detalle cada Sindicato, debería ser la de ir a la formación de un censo agrario. Estudiar la producción del campo, pueblo por pueblo; saber cada uno de ellos lo que produce, los productos que le precisan para su subsistencia, los que le sobran para exportar o intercambiar con otros pueblos. Informarse de cómo viven los campesinos, de su manera de trabajar, ponerse al corriente de si subsiste la propiedad privada, si trabajan a jornal, en aparcería, como medieros o arrendatarios, tratando de encauzar la vida del campo hacia una meta de liberación, hacia una estructura coherente social y técnica que responda a las nuevas orientaciones dimanantes del hecho revolucionario que vivimos.

Este censo agrario de conjunto, podría tener otro secundario que fuese el reflejo de la dinámica social y económica de las colectivizaciones agrarias. Es necesario no olvidar este extremo de la obra campesina, puesto que de esta labor es de donde fluye un rayo de luz, de donde nace una esperanza de redención de los trabajadores del campo. Por lo tanto, precisa conocer cómo se desarrollan, qué necesidades tienen, qué clase de concursos necesitan, cómo se las puede ayudar, cómo se las debe apoyar para convertir este inicio de vida colectiva en algo sólido y definitivo.

Creación de un comité técnico y social

Para hacer más viable el desarrollo de las colectivizaciones agrarias, podría crearse un Comité, compuesto de técnicos y militantes obreros, dirigidos por el Comité Regional de Relaciones Campesinas, que visitaran continuamente dichas colectivizaciones, insuflando una moral social que sea el reflejo de las tácticas, principios y normas de nuestra Central sindical, a la vez que estudia las características de la tierra, las plantaciones que pueden hacerse, las innovaciones que deben introducirse, la técnica del trabajo que debe aplicarse a cada cultivo, y, en resumen, todas aquellas aportaciones que pueden valorizar nuestra obra social en el campo.

La labor de este Comité podría abarcar el extremo de estudiar las necesidades de cada colectivización y en conjunto las de la agricultura en general. Podría cerciorarse de lo que les hace falta en labores, maquinaria y abonos, tratando de resolver, venciendo las di-

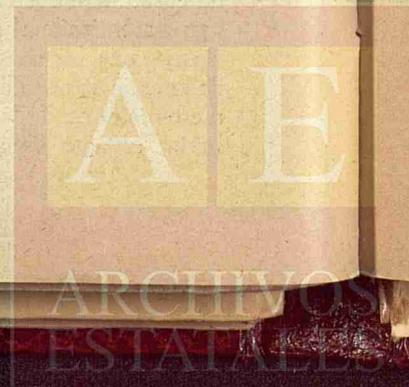
ficultades existentes, todas aquellas cuestiones de posible solución. Podría dedicarse a incrementar granjas avícolas y de ganado, facilitándoles conocimientos prácticos adecuados a este entronque de la economía. Podría estudiar la manera de colocar los productos del campo, valorizándolo debidamente, y no confiando a elementos extraños funciones que entran de pleno a una estructura sindical nuestra. Podría trazar planes de las colectivizaciones futuras, uniendo unas a otras, hasta llegar a la formación de una colectivización modélica que reuniera escuelas, casas para los trabajadores laboratorios, campos de aclimatación y cuanto sea necesario para elevar la producción agraria y el nivel moral y económico de la clase trabajadora.

Aspecto social de esta labor

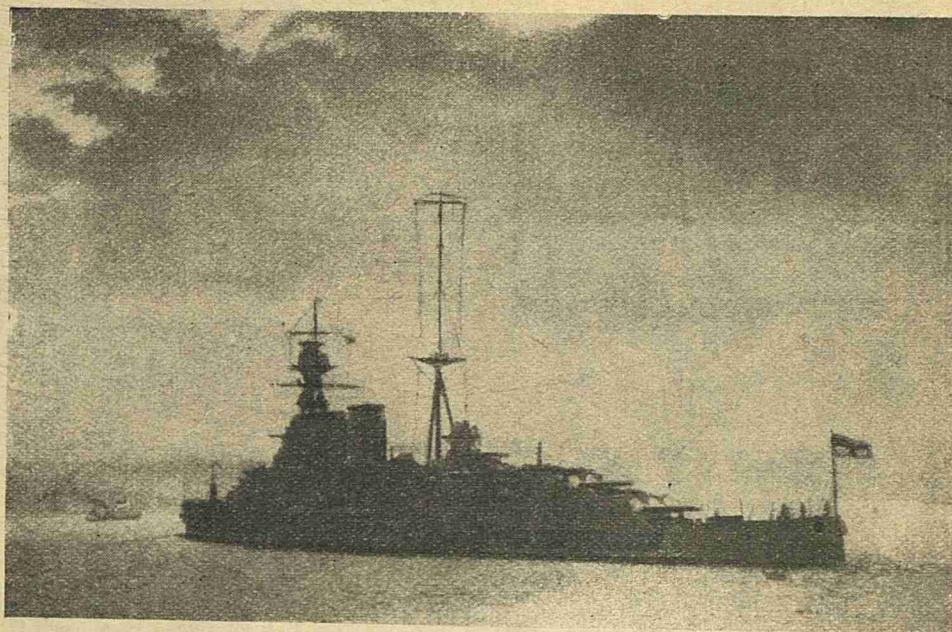
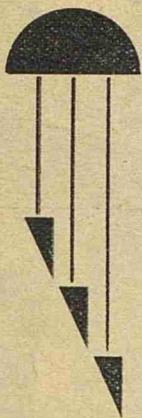
Sería lamentable, como lo viene siendo, que la cuestión campesina no fuese mejor atendida que lo está. La batalla por la caza de adeptos, la pugna entre el concepto clásico de la propiedad y un principio social más humano y justo se ventila en el campo. Los propietarios urbanos y los terratenientes, escudados en partidos e incluso en organismos de clase, movilizan al pequeño propietario para que dé la batalla a todo intento de innovación social. Por otra parte, desde los organismos oficiales, se obstrucciona sistemáticamente cuanto ha sobrepasado el ritmo de una situación pequeñoburguesa. Los abonos, las labores, la maquinaria, los créditos, todo cuanto puede ayudar a los proletarios más necesitados, todo lo que puede facilitar un trabajo en común, una ayuda colectiva, se entrega con predilección a los pequeños propietarios y a las capas medias que trabajan individualmente y que procuran buscar, en el hecho revolucionario, un medro personal, un medio de enriquecerse en contra de las conveniencias generales de la sociedad.

Esta realidad nos muestra que, con premura, hemos de organizar la vida social del trabajador del campo, confiando en nosotros mismos, organizando debidamente nuestros núcleos sindicales, estructurando nuestros organismos para que puedan cumplir su cometido rindiendo un máximo de resultados prácticos en beneficio de la guerra y de la Revolución. Para ello precisa la solidaridad y ayuda de los elementos industriales de los Comités dirigentes de todos los organismos que integran la C. N. T. La economía del campo, el mejoramiento social, ético y económico de los campesinos, exigen una intervención rápida y eficaz que armonice, encauce y dirija la producción de nuestra riqueza agraria y el aspecto social y humano de nuestros hermanos de trabajo, los campesinos.

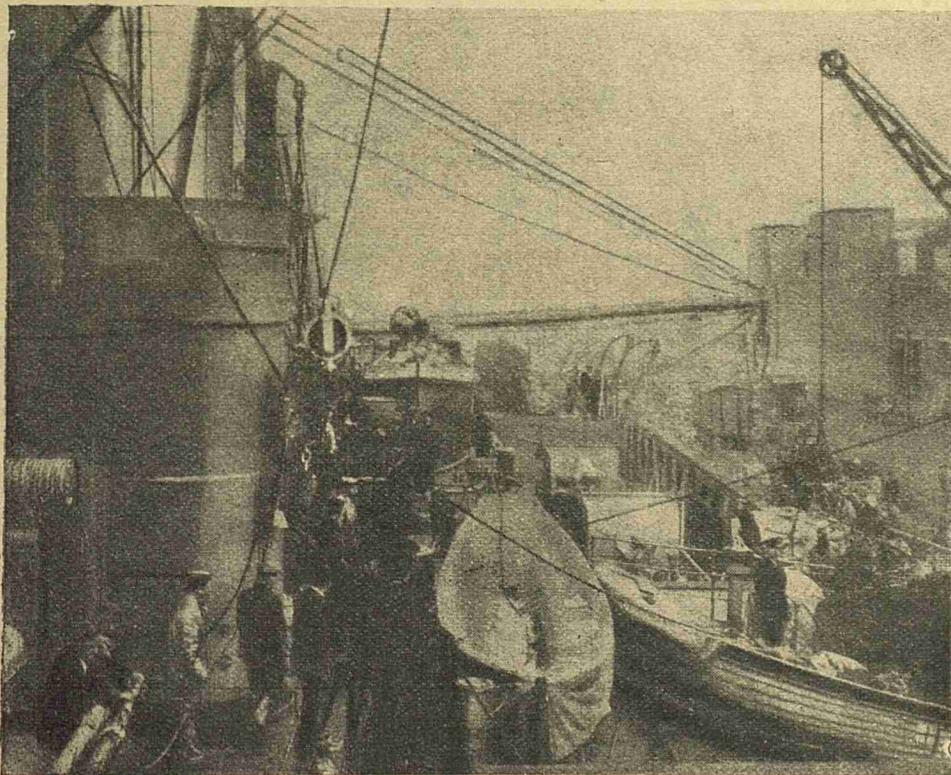
¡Compañeros, ojo al disco! Alerta con el campo.



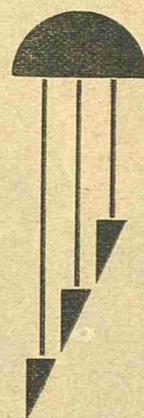
¿control?

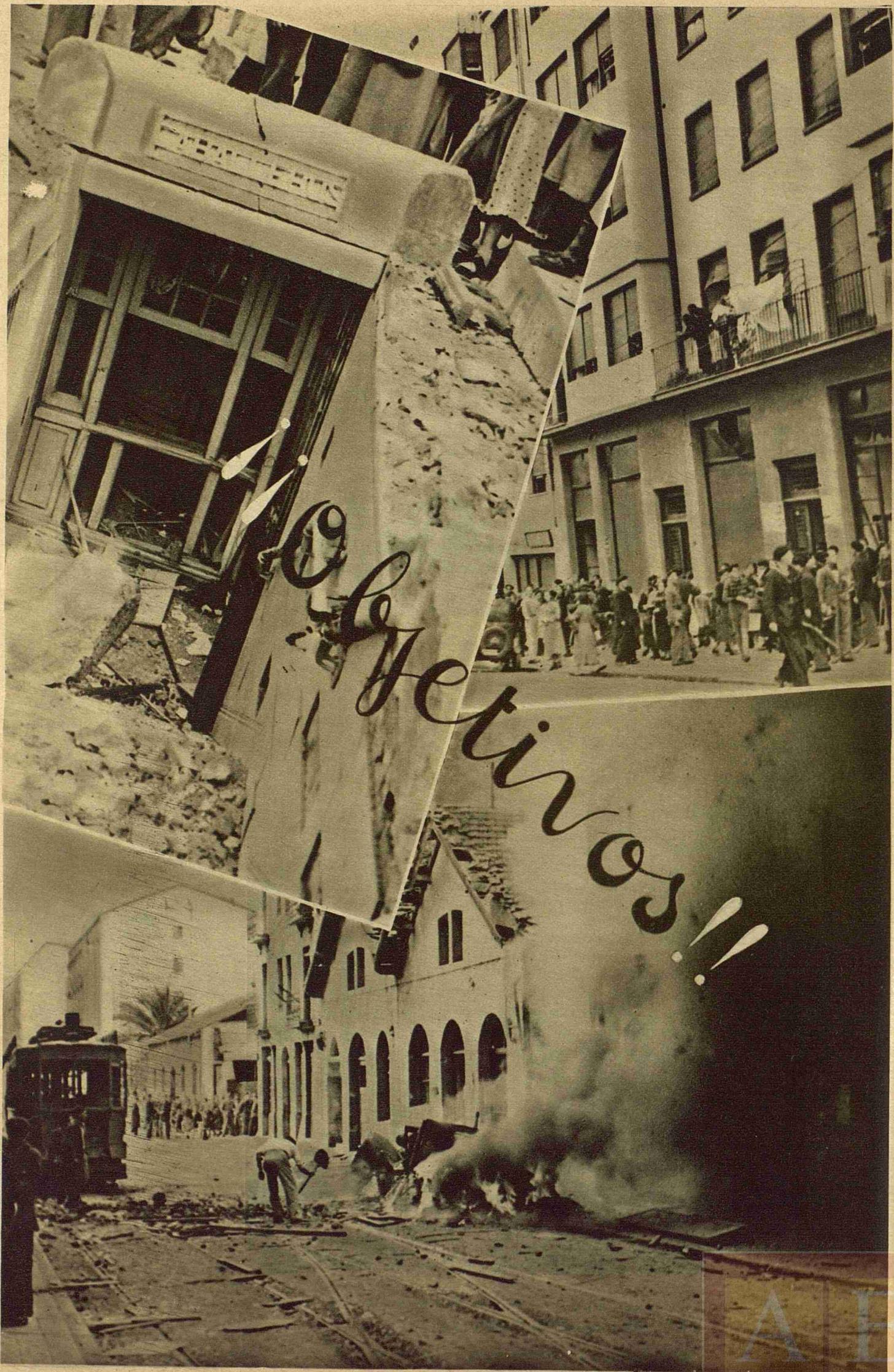


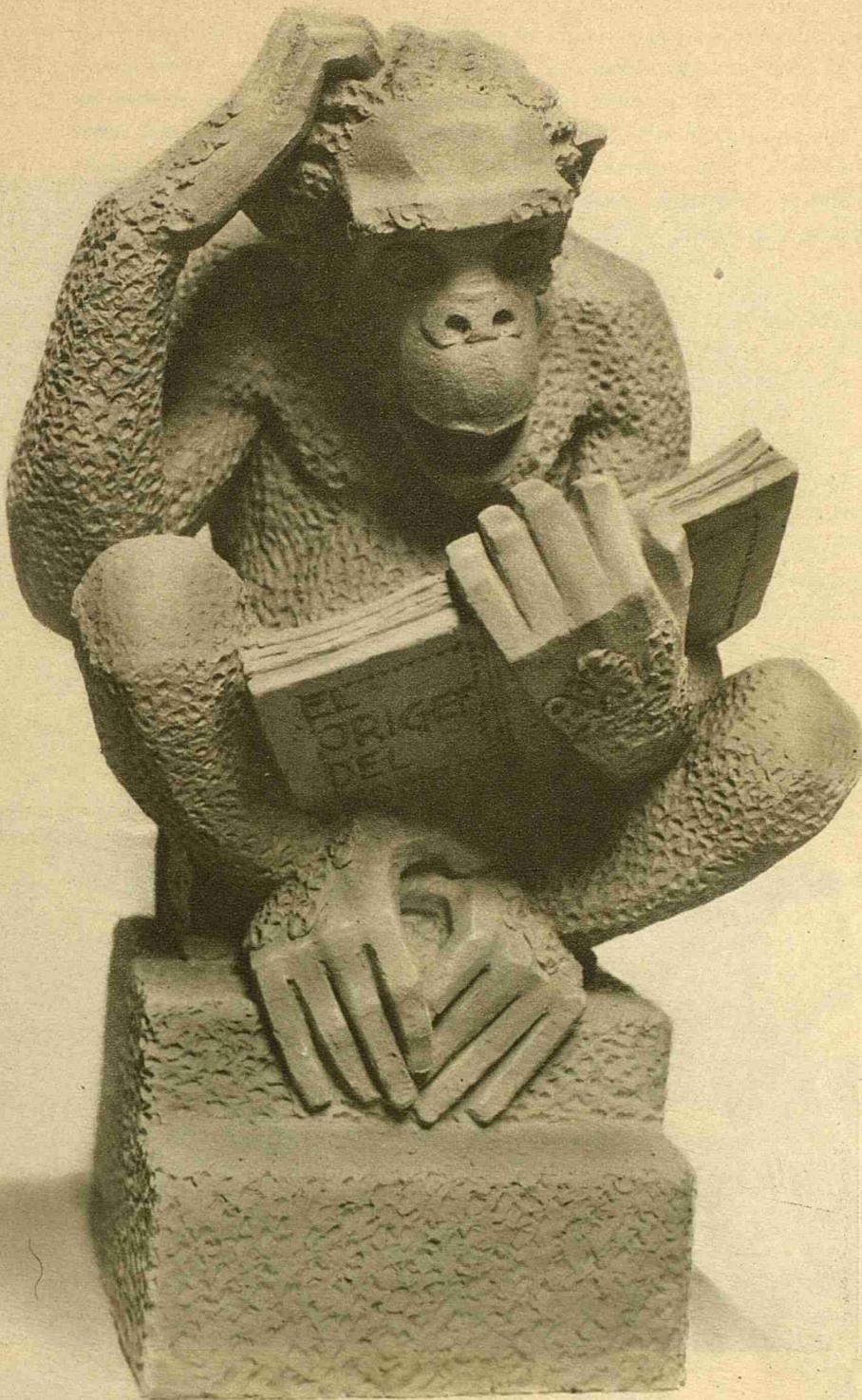
Vista general del buque inglés «Hood», considerado como el más rápido, y el mejor de la flota británica.



El buque inglés «Hood», que ha sido designado por su Gobierno para vigilar nuestra costa.







joaquín lucarini macazaga

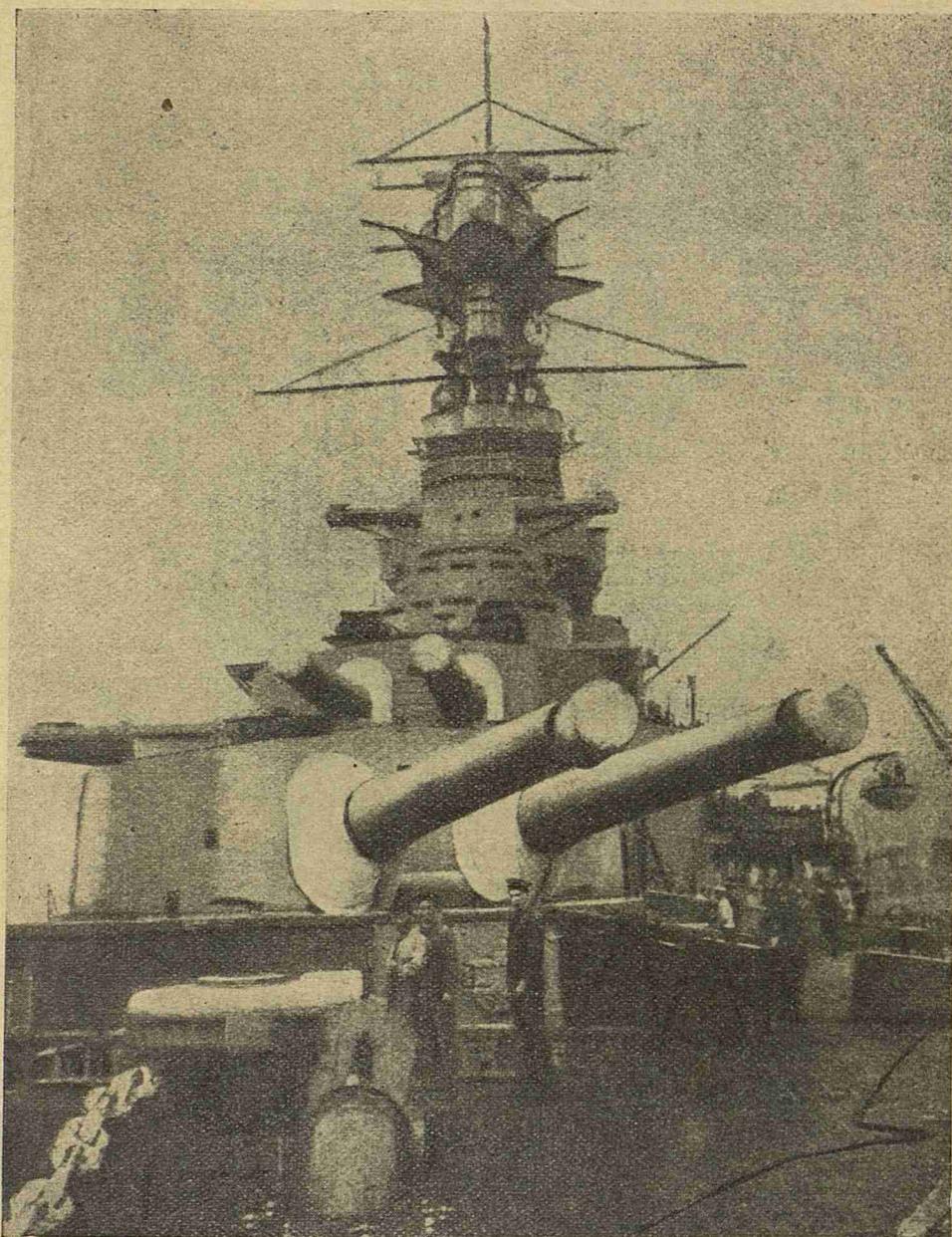
el origen del hombre

Esta escultura, debida a la mano maestra del artista bilbaíno Joaquín Lucarini Macazaga, será enviada a las exposiciones que el Gobierno Vasco ha organizado correlativamente en París, Londres, Moscú y otras capitales de los países democráticos del Mundo ♦ Nuestro escultor, con su destreza peculiar, ha sabido plasmar en esta obra, con un gracejo hábil, a nuestro antepasado el hombre-mono. En plena revolución los artistas de Euzkadi saben laborar por el arte y la cultura, demostrando que este pueblo posee una capacidad artística de primer orden que nada podrá borrar.

A E

ARCHIVO
ESTATALES

“hood” barco inglés



He aquí el buque de guerra inglés “Hood”, que aquel Gobierno acordó sea el encargado de vigilar nuestra costa de Euzkadi. ¿Ha llegado ya a nuestras aguas? ¿Cuál es la finalidad que le coloca en nuestras costas? ¿Viene dispuesto a controlar? ¿Conseguirá proteger el abastecimiento de la población? ¿Seguirá la flota pirata cometiendo desmanes y realizando capturas de los pacíficos barcos pesqueros? ¿Seguirán los buitres fascistas ametrallando buques extranjeros con la impunidad que lo han hecho hasta ahora? ¿Seguirá... todo como antes?

la federación

La federación es un sistema por el cual los diversos grupos humanos sin perder su autonomía en lo que les es peculiar y propio, se asocian y subordinan al conjunto de los de su especie para todos los fines que les son comunes. Es aplicable, como llevo dicho, a todos los grupos y a todas las formas de gobierno. Establece la unidad sin destruir la variedad, y puede llegar a reunir en un cuerpo la humanidad toda sin que se menoscabe la independencia ni se altere el carácter de naciones, provincias ni pueblos. Por esto, al paso que la monarquía universal ha sido siempre un sueño, van preparando sin cesar la federación universal, la razón y la historia.

Descansa la federación en hechos que son inconcusos. Las sociedades tienen, a no dudarlo, dos círculos de acción distintos: uno en el que se mueven sin afectar la vida de sus semejantes; otro en que no pueden moverse sin afectarla. En el uno son tan autónomas como el hombre en el de su pensamiento y su conciencia; en el otro, tan heterónomas como el hombre en su vida de relación con los demás hombres. Entregadas a sí mismas, así como en el primero obran aislada e independientemente, se concertan en el segundo con las sociedades cuya vida afectan, y crean un organismo que a todas las represente y ejecute sus comunes acuerdos. Entre entidades iguales no cabe en realidad otra cosa; así, la federación, el pacto, es el sistema que más se acomoda a la razón y a la naturaleza.



Los recuerdos del abuelo

amador

Aquel día amaneció espléndido. El sol, olvidando quizá la estación invernal, lanzaba sus rayos cargados de calor, invitando a todos los humanos a gozar de la vida.

La Naturaleza, tan pródiga en conceder mercedes a cuantos la saben apreciar en lo que vale, se manifestaba magnífica en su derroche de luz y alegría.

El abuelo Alberto, entusiasta ferviente del campo, se dirigía, acompañado de sus dos nietos, Progreso y Armonía, a los montes cercanos a la población.

Sus setenta y cinco años no le impedían remontar los más altos picachos, ya que una vida sana en constante contacto con la Naturaleza, le permitía conservar a tan avanzada edad, el vigor y la agilidad propia de la juventud.

Los nietos, dos preciosas criaturas que rivalizaban con el abuelo en aficiones montaÑeras, contagiados por la bonanza del día, manifestaban su alegría cantando, corriendo, saltando...

Ya en uno de los montículos que habrían de escalar para remontarse a las altas cimas, se detuvo el abuelo para contemplar la ciudad que a sus pies quedaba.

Bilbao estaba en plena actividad. Por sus arterias corrían veloces los automóviles, autobuses y camiones, dando animación a la vida ciudadana. Las poblaciones ribereñas, con sus Altos Hornos y fábricas, denotaban la importancia industrial de toda aquella extensa zona fabril; a lo lejos se perdía la vista en el mar.

El viejo, una vez de contemplar la población, extendió su mirada a los montes cercanos, todos ellos salpicados de alegres chalets y quintas que, en abigarrada gama de colorido, animaban el paisaje. De pronto, en la cara rugosa del viejo se manifestó una profunda emoción. Sus ojos brillaban con más intensidad, denotando que algo, al herir sus retinas, le hacía vivir momentos que fueron.

—Hoy hace cincuenta y dos años, experimenté una de las emociones más grandes de mi vida—, dijo como hablando consigo mismo.

Progreso, que había observado las facciones de su abuelo, adivinando quizá el motivo de su emoción, le dijo:

—¿Fué, acaso, durante la revolución?

—Así es, en efecto. Bilbao vivía unos días de febril impaciencia. La Guerra Civil, la Revolución Social, estaba en su momento álgido. La aviación fascista efectuaba frecuentes viajes arrojando su mortífera carga, que segaba la vida de niños, mujeres y ancianos, que en su crueldad, no respetaban a nada ni a nadie.

—¿Quiénes eran los fascistas? ¿Cómo eran, qué forma tenían? —atajó Progreso en su infantil deseo de conocerlo todo, de aprenderlo todo.

—Los fascistas, querido nieto, eran hombres como nosotros; es decir, físicamente hablando, porque en el orden espiritual o ideológico, éramos completamente distintos. Ellos querían que el hombre viviera esclavizado y explotado por otros hombres, y, naturalmente, ser

ellos los tiranos, los explotadores. Nosotros recabamos para los trabajadores el derecho; el derecho de administrar el fruto de sus esfuerzos. Ellos querían someter a los pueblos a la más denigrante condición de siervos del poderoso. Nosotros deseábamos que todos los humanos disfrutaran por igual de los dones que la Naturaleza nos brinda, y de los que el hombre crea para su comodidad y esparcimiento. Ellos representaban lo viejo, lo caduco. Nosotros éramos la esperanza, la vida, el porvenir.

Después de una pausa, continuó el abuelo:

—Tenían los fascistas un aliado poderoso; la religión, los curas.

—¿Los curas? ¿Quiénes venían a ser los curas?— volvió a preguntar Progreso.

—Hace unos años, dos mil dicen las historias, que en el Mundo hubo un hombre que predicaba la igualdad entre los humanos, y del cual ya os he hablado en alguna ocasión.

—¿Jesucristo?

—El mismo. Este hombre, movido por su amor a la Humanidad, consagró su vida a redimir a los parias, a los desheredados, a todos los que la sociedad de entonces catalogaba como bestias de carga, negándoles todo derecho al disfrute de las comodidades a que, como seres vivientes, tenían. No pudiendo contemplar impasible el hambre de los pobres y la abundancia de los poderosos, se enfrentó abiertamente con ellos, lo que le acarrió el odio de todos los que, en el banquete de la vida, tuvieron la suerte de situarse en uno de los puestos preferidos. Pero llegó a ser tal la influencia que entre los hijos del pueblo iba adquiriendo, que los poderosos, ante el temor de que pudieran perder sus privilegios, no vacilaron en asesinarle. Después, otros hombres, aprovechándose de la influencia que su conducta ejercía en el corazón del pueblo, rodearon su vida y su muerte de misterio. De un misterio sobrenatural, al que le atribuían carácter divino.

Manteniendo el engaño y la ignorancia, llegó a adquirir tal poderío la religión cristiana, que sus servidores, se contaban por millones. En ella se agrupaban cuantos querían huir del trabajo y vivir del esfuerzo de los demás. Los curas a que me refería eran los que se intitulaban representantes de Jesucristo en la Tierra, pero que, lejos de seguir su conducta, apoyaban y defendían a los poderosos y tiranos.

Terminadas estas manifestaciones, el viejo se ensimismó con sus recuerdos.

—Abuelo— dijeron a una Progreso y Armonía—; ¿y el recuerdo de que nos hablabas?

—Verdad es— respondió Alberto reanimándose de nuevo y manifestando la emoción que momentos antes denotara.—Decía que la aviación fasciosa menudeaba en sus ataques a Bilbao. No podían romper nuestras líneas en el frente y pretendían sembrar en la retaguardia la desmoralización, destrozando los edificios y asesinando a seres inocentes. El 4 de Enero de 1937

amaneció un día como el de hoy; magnífico. El día anterior, y en una incursión de la aviación fasciosa, bombardearon a sus anchas la población civil de Baracaldo, Erandio, Sestao . . . Por eso aquel día se presentaba una nueva visita de los «pajarracos» enemigos.

Por la mañana las sirenas anunciaron al vecindario la proximidad de los aviones, apresurándose grandes y pequeños a refugiarse en sótanos, túneles y cuevas. Otros, estimando que nuestros aparatos de caza no dejarían bombardear a sus anchas a los aviones fascistas, nos alejamos de la población, procurando situarnos en alguna altura para no perder un detalle de la contienda que indudablemente se habría de librar en el espacio. Nuestros cazas se elevaron para proteger la población, evolucionando sobre ella durante tres cuartos de hora, sin que el enemigo se presentara. A poco, las sirenas anunciaron la vuelta a la normalidad. El peligro ya había pasado.

Hizo una pausa el viejo como para reconcentrar mejor sus pensamientos, reanudando de nuevo su narración.

—Pese a la falsa alarma, la intranquilidad continuaba. Un no sé qué, nos decía a todos que sufriríamos los ataques de los aparatos fasciosos, y así sucedió, en efecto. A media tarde volvió, de nuevo, a tocar la sirena, y nuevamente el vecindario corrió a refugiarse en los lugares preparados al efecto. Otra vez nuestros «cazas» se elevaron para proteger a la población, evolucionando incesantemente sobre ella. Pero . . . pasaban los minutos y la aviación fascista no hacía acto de presencia. Había transcurrido más de media hora, y considerando que desistirían de su empeño, regresábamos a la población, cuando, a lo lejos, advertimos que, cual bandada de cuervos, avanzaba en perfecta formación la escuadra aérea al servicio del capitalismo internacional. Otros dos compañeros y yo, iniciamos una desenfrenada carrera para situarnos en un lugar estratégico desde donde advertir, hasta en sus menores detalles, la batalla que irremisiblemente se habría de librar en las alturas. Jadeantes, llegamos a este mismo lugar que ocupamos.

La emoción del viejo se acrecentaba por momentos. Parecía como si viviera de nuevo aquella escena que tan grabada había quedado en su memoria.

—Tanto corrimos —prosiguió—, que cuando llegamos aquí, los aviones fasciosos no se habían colocado todavía sobre Bilbao. Pero los aparatos nuestros habían desaparecido. Por mucho que escudriñamos el firmamento, no advertimos ni rastro de ellos. Creímos que, atemorizados, quizá por la superioridad numérica, nuestros «cazas» rehuían el combate. No carecía de lógica nuestra suposición, puesto que las fuerzas enemigas se componían de nueve aparatos de bombardeo y doce de caza, y nosotros contábamos únicamente con ocho. Los aviones enemigos de bombardeo avanzaban en formación simétrica, matemática, protegidos por los doce «cazas» que, como flechas, se cruzaban en el espacio, velando porque los tenebrosos designios se realizaran. Nuestra artillería antiaérea empezó a actuar de una manera ininterrumpida, procurando oponerles una barrera de metralla.

Una vez desbordado Bilbao, surgió como por arte de magia uno de nuestros «cazas», que arremetió heroicamente a uno de los de bombardeo. A continuación, otro, y otro, fueron apareciendo todos nuestros aviones. No era por cobardía por lo que habían desaparecido. ¡No! Fué que, como los fasciosos venían a gran altura, tuvieron que adentrarse en el mar para elevarse a

un plano superior. El combate que se libró en el espacio fué apoteósico. Los cañones antiaéreos no cesaban de lanzar sus obuses explosivos. Tableteaban las ametralladoras de los aviones, que se cruzaban zigzagueando para poder colocar sus disparos. De cuando en cuando, roncadas explosiones nos señalaban que las bombas fasciosas realizaban su obra destructora.

Hizo un paréntesis el anciano. La emoción inundaba todo su ser, acrecentándose por momentos.

—Ante tan imputoso ataque —prosiguió—, los aviones fasciosos buscaron la salvación en la huida, desahaciendo la formación y alejándose con la rapidez que a sus aparatos podían imprimir. De pronto, un avión de bombardeo enemigo, certeramente tocado por uno de nuestros «cazas», empezó a dejar tras sí una estela de fuego. ¡Oh! ¡Narraros la emoción que experimenté sería imposible! ¡Gritos de júbilo saludaron la hazaña de nuestro «caza»! ¡Millares de gargantas vitoreaban su heroísmo; este montículo, así como estos otros que nos rodean, hervían de emoción!

Las llamas iban, por momentos, acrecentándose más y más. El piloto, comprendiendo el peligro que corría de caer en nuestras posiciones, forzaba los motores. La aeronave, envuelta en una inmensa llamarada, avanzaba a una velocidad inverosímil. De pronto, uno de sus tripulantes se arrojó al espacio con un paracaídas. Después, otro . . . y al poco rato, dominado el avión por el incendio, entró en barrena, estrellándose en este monte. Y el abuelo, extendiendo el brazo, señaló a sus nietos, que con gran atención escuchaban su narración, un montículo cercano.

—Mientras tanto la lucha en el espacio continuaba. Nuestros aviadores, en un derroche de heroísmo, hostilizaban continuamente al enemigo, que se batía en retirada, arrojando, sin objetivo determinado, las bombas que traían, para aligerar su peso. ¡Aquellas bombas causaron víctimas inocentes! El pueblo bilbaíno, enardecido por el espectáculo que acababa de presenciar, y sin tener en cuenta que sobre sus cabezas se encontraba la aviación enemiga, se echó a la calle manifestando su contento.

¡Por nuestra parte tuvimos que lamentar la muerte de uno de nuestros valientes pilotos!

Después de dichas estas palabras, el viejo Alberto, rumiando sus recuerdos, se mantuvo largo rato en silencio. Progreso y Armonía, emocionados también por la narración, callaban.

—¿Y después? —dijo al fin Progreso.

—Después —contestó el abuelo al cabo de cierto lapso de tiempo— nos enteramos que la paliza inferida a los fasciosos fué mayúscula. Dos de los trimotores de bombardeo, se estrellaron antes de llegar a su base, y en los que pudieron aterrizar, había cinco cadáveres. Uno de los pilotos, desesperado por la cobardía de los tripulantes de los «cazas», arremetió a pistoletazos contra ellos, incendiando a continuación cinco aviones. Durante mucho tiempo no volvieron a remanecer por Bilbao. La lección fué provechosa, y cuantas veces intentaron aproximarse, nuestros valientes aviadores les hicieron pagar cara su osadía . . .

El sol continuaba su marcha hacia el Zenit. La Naturaleza, exuberante, invitaba a ser gozada. Un gallo daba un viva a la vida. A lo lejos, un perro ladraba a un enemigo imaginario. Y el abuelo reanudaba su narración a sus nietos, que atentos le escuchaban.

—Después de la guerra, hubimos de afrontarnos con muchas dificultades . . .



¿por qué impedir la libertad sexual?

por julio r. barcos

«Sostengo que nos hemos creado un mundo tétrico muy a propósito para maldecir la vida y deificar el tedio.»

Los bimanos son los únicos especímenes de la Zoología, que se han permitido dictar leyes en contradicción con las de Natura, creándole un millón de objeciones a la libre satisfacción del seseo carnal y anteponiendo un montón de fetichismos y abstracciones metafísicas a la finalidad suprema del amor, que es la expansión vital de los amantes y la conservación selectiva de la especie.

¿Cómo se explica que solamente el hombre, el único animal racional que habita este planeta, con todo de ser el rey de la creación, sea al mismo tiempo el único que se aparta de la Natura, el único que pretende subvertir sus leyes?

De los absurdos que ha inventado el hombre ninguno es tan grande ni tan suicida como el del pecado impuesto a la humanidad.

Por fortuna, las leyes de la moral social no son las que hacen al hombre. Este es y será siempre el producto de sus instintos nativos, bien o mal encauzados por su cultura, según la educación racional o irracional que ha recibido. Por consiguiente de poco sirve que la moral diga: no fornicarás, cuando la naturaleza dice: ¡reproducíos! Es más fácil ponerle dique al mar, que contener las incoercibles potencias del instinto genésico exacerbado. De tal manera somos, a pesar nuestro, oscuros agentes ultrapoderosos de la conservación de la especie.

Las únicas leyes que no pueden ser impunemente violadas son las leyes biológicas.

Se puede hasta cierto límite vivir contra Natura. Pero el castigo no se hace esperar: él aparece en forma de crueles calamidades orgánicas que agotan la salud del individuo, abrevian su existencia o la convierten en un suplicio y luego repercuten como una maldición bajo la fatalidad de la herencia en sus descendientes. Es verdad que algunos se han castrado para merecer el reino de los cielos, como dice la Biblia.

Pero «no pocos que querían expulsar sus demonios—replica Nietzsche—entraron con los cerdos».

Y añade: «Si la castidad pesa a algunos, es preferible apartarles de ella, para que la castidad no llegue a ser el camino del infierno, es decir, del fango y de la hoguera del alma.» A lo que yo agregaría por mi cuenta es otra paradoja: «Los que tienen la preocupación fija de la castidad, es porque no son castos.» La idea obsesionante del pecado ha hecho sucio el lenguaje del hombre, porque ha llenado de cieno su imaginación. La púdica desnudez de la Venus de Milo, es motivo de la más pura contemplación estética para los ojos de un

poeta helénico. Para los ojos de un varón que ha hecho voto de castidad, es, en cambio, un lúbrico estímulo de los sentidos que exagera su apetito carnal hasta el delirio.

«Desde joven—transcribe Fray Luis de León, comentando el libro de Job—hice pacto con mis ojos de «no mirar ni siquiera pensar con mal fin en una virgen, porque de «otra suerte», ¿qué comunicación tendría conmigo desde arriba Dios, ni qué me daría de su celestial herencia?» He aquí el más evidente testimonio de que los que viven preocupados por la castidad es porque llevan enroscada en su propio corazón la serpiente bíblica del deseo, bajo la forma patológica de extravíos libidinosos, que ensucian su mente y afiebran su imaginación.

«Si tu ojo pecase, arranca tu ojo», reza otro proverbio santo. ¿Pero de qué sirve arrancar el ojo pecador, si

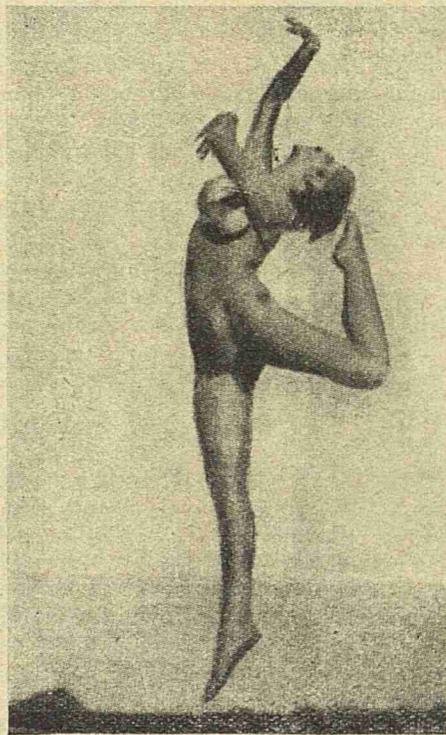
queda siempre la imaginación erótica con sus cien ojos de Argos, escudriñando los recónditos misterios del pecado? Cuando el foco del deseo es el cerebro, éste crece sin cesar en forma de ninfomanía. Tal es el caso de aquella Mesalina, «fatigada pero no saciada» que corre sin parar tras el placer, devorada por una implacable lujuria. Nadie ha pintado mejor la exaltación erótica del asceta cristiano que Flaubert y Eca de Queirox, en sus respectivas novelas *Las Tentaciones de San Antonio* y *San Cristóbal*.

Todo apetito exasperado produce fatalmente una febril alucinación de los sentidos, semejante al vértigo y la locura.

Los sufrimientos del hambre que se imponía San Antonio poblaban su imaginación de manjares incitantes; y el santo varón veía en su derredor mesas opíparamente servidas en que humeaban llenando el aire de sabrosos olores, cien viandas suculentas.

¿Quién no tiene noticias de los espejismos mentales que se apoderan del viajero sediento del desierto, el cual ve fuentes y manantiales de agua cristalina en todas direcciones? El mismo espejismo febril que engaña nuestros sentidos poniendo agua o alimentos en nuestro derredor, que se desvanecen al tocarlos, se produce con el hambre del sexo. En vez de agua y comida, son mujeres febricitantes, flores carnales de la lujuria en lascivas actitudes, las que alucinan y atormentan al hambriento sexual.

Para el que padece de estos infernales padecimientos no es necesaria la presencia de un ejemplar del sexo opuesto para entrar en el delirio erótico. Y bastará una estampa para que personajes obligados a la castidad, se entreguen a una perfecta orgía mental.



horizontes

revista ilustrada quincenal

actualidad - arte - economía - sociología - sexualismo - etc.

ha aparecido el folleto

**“estructura y funcionamiento de la
sociedad comunista libertaria”** por gastón leval

trabajadores:

próximamente editaremos en folleto la conferencia de
federica montseny

“el anarquismo militante y la realidad española”

y la conferencia de gastón leval
en otro folleto que lleva por título

“nuestro programa de reconstrucción”

pedidos a esta administración

las juventudes libertarias de asturias, león, santander y euzkadi,
van a editar un órgano interregional para todo el norte.

horizontes

Revista ilustrada quincenal

Historia - Arte - Economía - Sociología - Geografía - etc.

por oposición de folios

estructura y funcionamiento de la

revista



trabajadores

proximamente se editará en folio la conferencia de

trabajadores

entrevista con el autor de la novela española

y la conferencia de este tipo

en este folio que hoy nos trae

la revista presentada en el momento

pedidos a esta administración

HORIZONTES
REVISTA ILUSTRADA QUINCENAL
PRECIO: **50** CENTIMOS

